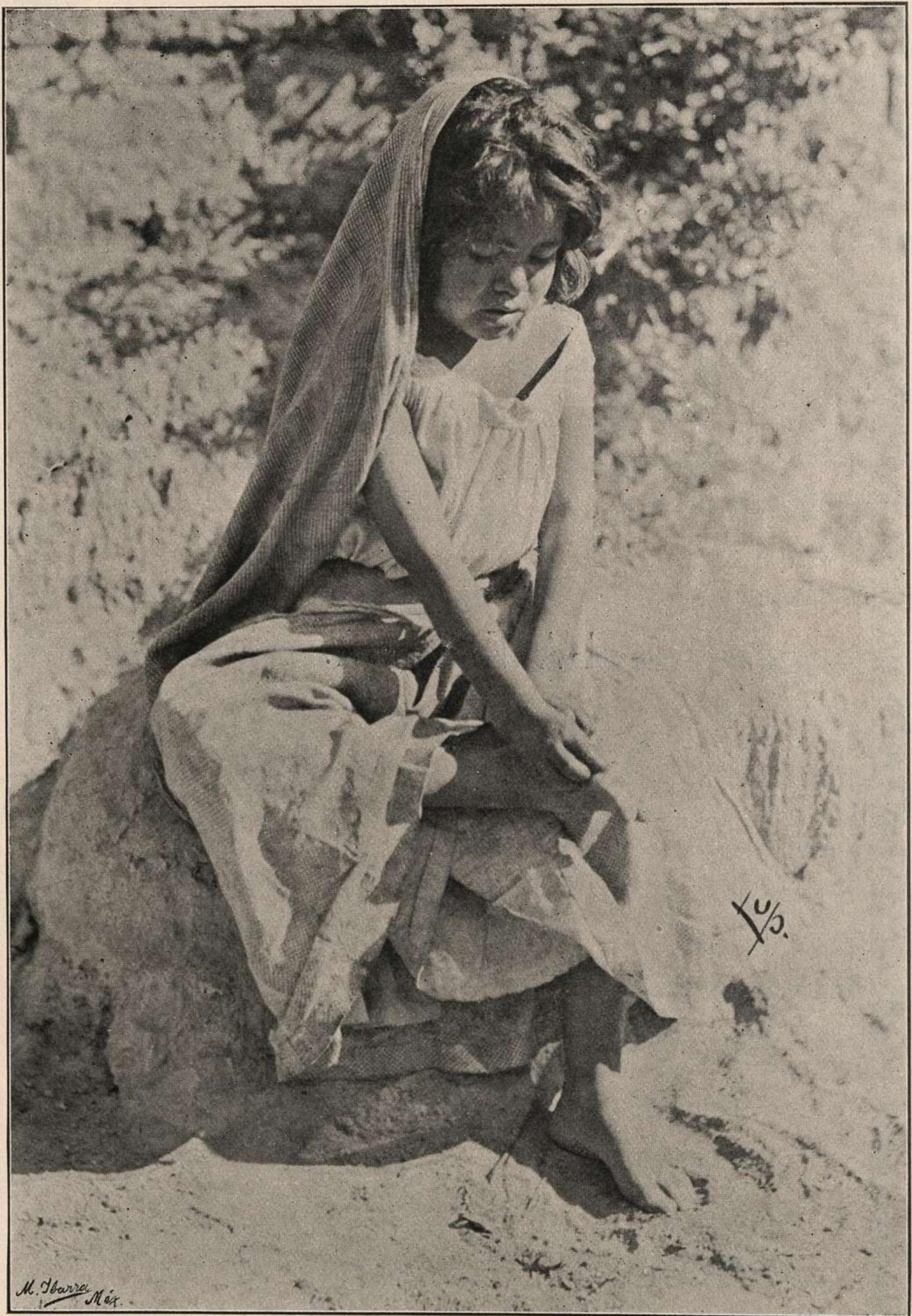


LA ESPINA.



La Espina.—Fotografía de Lupercio.



REVISTA MODERNA
DE
MEXICO

PAGINAS NUEVAS

ANATOLE FRANCE

Y LA GUERRA RUSO-JAPONESA

—Esta guerra, continuó Lacegelier, marca una de las grandes horas de la historia del mundo. Y para comprender el sentido hay que remontarse á dos mil años atrás.

«Ciertamente, los romanos no suponían la grandeza del mundo bárbaro, y no tenían idea alguna de esas inmensas exclusas humanas, que un día debían reventar sobre ellos y sumergirlos. No sospechaban que pudiera haber en el universo otra paz que la paz romana. Y, sin embargo, existía otra más antigua y más vasta, la paz china.

No era que sus mercaderes no estuvieran en relación con los mercaderes de la Sérica. Estos llevaban la seda cruda á un

lugar, al norte de la meseta de Panni, llamado la Torre de Piedra. Los negociantes del imperio acudían allí. Traficantes latinos más audaces penetraron en el golfo de Tonkin, y á las costas chinas hasta Haug-Tchau-Fú ó Hanoi.

Sin embargo, los romanos no se imaginaban que la Sérica formara un imperio más poblado que el suyo, más rico, más avanzado en la agricultura y en la economía política. Los chinos, por su lado, conocían á los hombres blancos. Sus anales mencionan que el emperador Au-Thun, en quien reconocemos á Marco Aurelio Antonino, les envió una embajada que no era, tal vez, sino una expedición de nave-

gantes y mercaderes. Pero no sabían que una civilización más agitada y más violenta que la suya, y más fecunda también é infinitamente más expansiva, se extendía sobre una de las faces de ese globo, del que ellos cubrían la otra faz: agricultores y jardineros llenos de experiencia, comerciantes hábiles y probos, vivían dichosos, gracias á sus métodos de cambio y á sus vastas asociaciones de crédito. Satisfechos de su ciencia sutil, de su urbanidad exquisita, de su piedad verdaderamente humana y de su inmutable sabiduría, no se sentían curiosos, sin duda, de conocer la manera de vivir y de pensar de esos hombres blancos, venidos del país de César. Y, tal vez, los embajadores de Au-Thun le parecieron un poco groseros y bárbaros.

Las dos grandes civilizaciones, la amarilla y la blanca, continuaron ignorándose, hasta el día en que los portugueses, tras de doblar el cabo de Buena Esperanza, llegaron, para comerciar, á Macao. Los mercaderes y los comerciantes cristianos se establecieron en China, y se entregaron á toda especie de violencias y de rapiñas.

Los chinos los sufrían como hombres acostumbrados á las obras de paciencia y, maravillosamente, capaces de soportar los malos tratamientos; mas, sin embargo, los mataban, en ocasiones, con todas las delicadezas de una fina crueldad. Los Jesuitas provocaron, en el Imperio del Centro, durante más de tres siglos, incessantes desórdenes. En nuestros días, las naciones cristianas tomaron la costumbre de enviar, juntos ó separadamente, á ese gran Imperio, cuando el orden se alteraba, soldados que lo restablecían por el robo, el saqueo, el asesinato y el incendio, y de proceder con breves intervalos, por medio de fusiles y cañones, á la penetración pacífica del país. Los chinos inermes no se defendían, ó se defendían mal; se les asesinaba con agradable facilidad. Son po-

líticos y ceremoniosos, pero se les reprocha el abrigar poca simpatía por los europeos. Tenemos contra ellos agravios, que se parecen mucho á los que el Sr. Du Chailu tenía contra su gorila. El Sr. Du Chailu mató en una selva, á balazos, á la madre de un gorila. Muerta, apretaba aún á su pequeño entre sus brazos. Él se lo arrancó, arrastrándolo consigo, en una jaula, á través del Africa, para venderlo en Europa. Pero aquel animalito le dió justos motivos de queja. Era insociable; se dejó morir de hambre. «Fuí impotente, decía el Sr. Du Chaillu, para corregir su mal instinto.» Nosotros nos quejamos de los chinos con tanta razón, como el Sr. Du Chaillu de su gorila.

En 1901, habiéndose trastornado el orden en Pekín, los ejércitos de las cinco grandes potencias, bajo el mando de un feld-mariscal alemán, lo restablecieron por los medios acostumbrados. Después de haberse así cubierto de gloria militar, las cinco potencias firmaron uno de los innumerables tratados, por los cuales garantizan la integridad de esa China, de quien se reparten las provincias.

«La Rusia, por su parte, ocupó la Manchuria, y cerró la Corea al comercio del Japón. El Japón que, en 1894, había derrotado á los chinos en mar y tierra, y participado, en 1901, en la acción pacífica de las potencias, vió, con una rabia fría, avanzar á la osa voraz y lenta. Y, en tanto que la bestia enorme alargaba indolentemente el hocico hacia la colmena nipona, las abejas amarillas, armando á la vez sus alas y sus aguijones, la acribillaron de piquetes inflamados.

«Es una guerra colonial,» decía expresivamente un gran funcionario ruso á mi amigo Jorge Bourdon. Ahora bien, el principio fundamental de toda guerra colonial, es que el europeo sea superior á los pueblos que combate; sin lo cual la guerra

no es ya colonial; eso salta á los ojos. Conviene, en esta clase de guerras, que el europeo ataque con artillería, y que el asiático ó el africano se defienda con flechas, masas, sagayas y *tomahawks*.» Se admite que se haya procurado algunos viejos fusiles de chispa y cartucheras; eso hace la colonización más gloriosa. Pero, en ningún caso debe estar armado é instruido á la europea. Su flota se compondrá de juncos, piraguas y canoas ahuecadas en troncos de árbol. Si ha comprado navíos á armadores europeos, estos navíos estarán fuera de uso. Los chinos que guarnece sus arsenales de obuses de porcelana están dentro de las reglas de la guerra colonial.

«Los japoneses están separados. Hacen la guerra, según los principios enseñados en Francia por el general Bonnal. Sobresalen mucho á sus adversarios por el saber y la inteligencia. Batiéndose mejor que los europeos, no tienen consideración por los usos consagrados, y obran de una manera contraria, en cierto modo, al derecho de gentes.

En vano, personas graves como Mr. Edmond Thery, les demostraron que debían ser vencidos, en el interés superior del mercado europeo, conforme á las leyes económicas mejor establecidas. En vano, el procónsul de la Indo China, Mr. Doumer mismo, los conjuró á sufrir, á breve plazo, derrotas decisivas en tierra y mar. «Qué tristeza financiera ensombrecería nuestros corazones, exclamaba ese grande hombre, si Besobrazof y Alexeief no extrajeran ya ningún millón de las selvas coreanas! ¡Son reyes! Yo fuí rey como ellos: nuestras causas son comunes. ¡Oh, nipones! imitad en dulzura á los pueblos cobrizos, sobre los cuales yo reiné gloriosamente en tiempos de Méline.» En vano el Dr. Carlos Richet les representó, con un esqueleto en la mano, que eran prog-

natas y que, no teniendo los músculos de la pantorrilla suficientemente desarrollados, se encontraban en la obligación de huir á los árboles, ante los rusos que son braquicéfalos y, como tales, eminentemente civilizadores, como se comprobó cuando ahogaron cinco mil chinos en el río Amur. «Tened cuidado, que sois intermediarios entre el mono y el hombre—les decía con protección el señor profesor Richet,— de lo que resulta que si derrotáis á los rusos, ó fino-letto-ougro-eslavos, sería exactamente como si los monos os derrotaran á vosotros.»

Los japoneses nada quisieron oír.

Lo que los rusos pagan en este momento en los mares del Japón y en las gargantas de Mandchuria, no es solamente su política, ávida y brutal, en Oriente, es la política colonial de Europa entera. Lo que expían, no son solamente sus crímenes, son los crímenes de toda la cristiandad, militar y comercial. No intento decir por esto que exista una justicia en el mundo. Pero se miran extraños retornos de las cosas; y la fuerza, único juez y amo de las acciones humanas, da de repente saltos inesperados. Sus bruscos desplantes rompen un equilibrio que se creía estable. Y sus juegos, que no están jamás sin una regla oculta, operan golpes interesantes. Los japoneses pasan el Yalú, y baten con precisión á los rusos en Mandchuria. Sus marinos destruyen elegantemente una flota europea. Y al punto discernimos un peligro que nos amenaza. Si existe, ¿quién lo ha creado? No son los japoneses los que han venido á buscar los rusos. A esta hora descubrimos el peligro amarillo. Hace ya muchos años que los asiáticos conocían el peligro blanco. El saqueo del Palacio de Estío, la carnicería de Pekín, los ahogados de Blagovetchensk, el desmembramiento de la China, ¿no eran acaso asuntos de inquietud para los chi-

nos? ¿Y los japoneses se sentían en seguridad bajo los cañones de Puerto Arturo? Nosotros hemos creado el peligro blanco. El peligro blanco ha creado el peligro amarillo. Esos encadenamientos son los que dan á la vieja Necesidad que gobierna al mundo, una apariencia de Justicia divina, y se admira la sorprendente conducta de esta reina ciega de los hombres y de los dioses, cuando se ve al Japón, tan cruel antes para chinos y coreanos, al Japón, cómplice gratuito de los crímenes de los europeos en China, hacerse el vengador de la China y la esperanza de la raza amarilla.

No parece, sin embargo, á primera vista que el peligro amarillo, del que los economistas europeos se espantan, sea comparable al peligro blanco suspendido sobre Asia. Los chinos no envían á París, á Berlín, á San Petersburgo, misioneros para enseñar á los cristianos el *fung-chui* y sembrar desorden en los asuntos europeos. Ningún cuerpo expedicionario chino ha descendido en la bahía de Quiberon para exigir al gobierno de la República la «extraterritorialidad,» es decir, el derecho de juzgar por un tribunal de mandarines las causas pendientes entre chinos y europeos. El almirante Togo no ha venido con doce acorazados á bombardear la rada de Brest, con el fin de favorecer el comercio japonés en Francia. La flor del nacionalismo francés, la crema de nuestros *Trublions*, no ha sitiado en sus hoteles de la avenida Hoche y Marceau, las legaciones de la China y del Japón, y el mariscal Oyama no ha traído, en consecuencia, los ejércitos combinados del Extremo Oriente sobre el bulevar de la Magdalena, para exigir el castigo de los *Trublions xénóforos*. No ha incendiado á Versalles en nombre de una civilización superior. Los ejércitos de las grandes potencias asiáticas no se han llevado á Tokio y á Pekín los cuadros del Louvre y la vajilla del Eliseo.

¡No! El mismo Mr. Edmond Thery conviene en que los amarillos no son lo bastante civilizados para imitar á los blancos con tal fidelidad. Y no preve que nunca se eleven hasta una tan alta cultura moral. ¿Cómo tendrían nuestras virtudes? No son cristianos. Pero los hombres competentes estiman que el peligro amarillo, para ser económico, no es menos espantoso.

El Japón y la China, organizada por el Japón, nos amenazan con hacernos, sobre todos los mercados, una competencia terrible, monstruosa, enorme y disforme, cuya sola idea hace que se paren de punta los pelos de los economistas. Por eso es por lo que los japoneses y los chinos deben ser exterminados. No hay duda. Pero es preciso, entonces, declarar la guerra á los Estados Unidos, para impedir á sus metalurgistas vender el fierro y el acero á más bajo precio que nuestros fabricantes menos bien provistos de útiles.

Digamos, pues, una vez la verdad. Cese un momento de lisonjearnos. La vieja Europa y la nueva Europa (verdadero nombre de América) han instituido la guerra económica. Cada nación está en lucha industrial con las demás naciones. Por todas partes, la producción se arma furiosamente contra la producción. Es de mal gusto que nos quejemos al ver, en el mercado desordenado del mundo, caer nuevos productos concurrentes y perturbadores. ¿De qué sirve gemir? No conocemos más que la razón del más fuerte. Si Tokio es el más débil, estará equivocado, y se lo haremos sentir; si es el más fuerte, tendrá razón, y no tendremos reproche que hacerle. ¿Hay un pueblo en la tierra que tenga el derecho de hablar en nombre de la justicia?

Les hemos enseñado á los japoneses el régimen capitalista y la guerra. Nos espantan porque se hacen semejantes á nosotros. Y verdaderamente es horrible. Se

defienden de los europeos con armas europeas. Sus generales, sus oficiales de marina, que han estudiado en Inglaterra, en Alemania, en Francia, hacen honor á sus maestros. Muchos han seguido los cursos de nuestras Escuelas especiales. Los grandes duques que temían que nada bueno saliera de nuestras instituciones militares, muy democráticas á su juicio, deben estar tranquilizados.

No sé cuál será el desenlace de la guerra. El Imperio Ruso opone á la energía metódica de los japoneses sus fuerzas indeterminadas, que comprime la salvaje imbecilidad de su gobierno, que desvía la improbidad de una administración devastadora, que pierde la inepticia del mando militar. Ha mostrado la enormidad de su impotencia y la profundidad de su desorganización. Sin embargo, sus tesoros de

dinero que alimentan á sus ricos acreedores son casi inagotables. Su enemigo, al contrario, no tiene recursos sino en empréstitos difíciles, onerosos, de que sus mismas victorias lo privarán quizá. Pues los ingleses y los americanos están conformes en ayudarlo á debilitar á Rusia, y no en hacerlo poderoso y temible. No se puede, pues, prever la victoria definitiva de un combatiente sobre el otro. Pero si el Japón hace á los amarillos respetables para los blancos, habrá servido grandemente á la causa de la humanidad, y preparado, sin quererlo, á su pesar y, sin duda, contra su deseo, la organización pacífica del mundo.

(Traducido de «Sur la pierre blanche» Último libro de Anatole France).



SONETTO DI BENVENUTO CELLINI.

Questa mia vita travagliata io scrivo,
 Per ringraziar lo Dio della natura,
 Che mi diè l'alma, e poi ne ha avuto cura.
 Alte e diverse imprese ho fatto, e vivo.

Quel mio crudel Destin d'offese ha privo
 Vita; or gloria, e virtù più che misura,
 Grazia, valor, beltà cotal figura,
 Che molti is passo, e chi mi passa arrivo.⁽¹⁾

Sol mi duol grandemente, or ch'io conosco,
 Quel caro tempo in vanità perduto:
 Nostri fragil pensier seu porta il vento.

Poichè il plutir non vol, starò contento,
 Salendo, quale io scesi, il Benvenuto
 Nel fior⁽²⁾ di questo degno terren Tosco.

(1) Par che voglia dire: il mio destino già crudele ha finito d'offendere la mia vita; ed ora eso figura e rappresenta in me tal gloria etc. etc.

(2) In Fiorenza.

SONETO DE BENVENUTO CELLINI.

Esta mi vida trabajada escribo,
Grata al Dios que hizo la natura bella,
Que me dió el alma, y que veló por ella.
Altas empresas realicé, y aun vivo.

El cruel destino, del que fuí cautivo,
Ya en mi existir no amargará la huella;
Grande es mi gloria y mi virtud destella,
Y sobrepaso á quien me fuera esquivo.

Sólo intenso dolor hiéreme insano
Del dulce tiempo en vanidad perdido:
Nuestro frágil pensar llévase el viento.

Y malgrado el sufrir, estoy contento,
Si pude ser, cual soy, el Bienvenido
Para la flor de este jardín Toscano.

LEOPOLDO DÍAZ.

Geneve.—1904.

LA ROSA DEL SUICIDA *

(CUENTO ARGENTINO)

Aquel pueblo no resultaba ni peor ni mejor que cualquier otro pueblo del Sur de la Provincia de Buenos Aires. La estación era un tinglado rodeado de galerías que sólo cobraba vida á la madrugada y al anochecer, cuando partían ó llegaban los dos únicos trenes que comunicaban con la Capital; la iglesia, un edificio tosco que comunicaba con una casita mezquina de techo azul, donde vivía el cura; y la municipalidad, un vasto caserón agrietado, cuyas diez ventanas con reja daban sobre la plaza tradicional. Demás está decir que bajo los árboles verdes se alzaba el kiosco, donde tocaba por las noches la murga, que era la única diversión del vecindario.

Sobre la plaza caía también la farmacia, á cuya puerta, unos de pie y otros á caballo sobre las sillas, discutían por las noches los notables de la localidad; la comisaría, con su gendarme de plantón y sus persianas entreabiertas, por las que se veía pasar al ordenanza que servía el mate; el club social, cuyo balcón lucía un escudo y una hilera de mecheros con sus globos de color; y la casa de Antúnez, que ostentaba con orgullo los cuatro balconillos pintados de blanco, el patio inmenso lleno de flores y la azotea, sobre cuyo balaustre se erguían dos muñecos de yeso apoyados sobre dos lanzas.

Antúnez, que era rico y tenía familia en Buenos Aires, estaba recluido desde hacía diez años en aquel rincón de la provincia, vigilando sus establecimientos de campo. Con botas, chambergo y *chiripá*, á caballo, sobre un zaino escarceador, recorría á veces las calles principales del pueblo, acompañado de su hija, que, menos apegada que él á la tradición del criollo, vestía correctamente de amazona. Raquel contaba diez y seis años y tenía esa belleza fresca y selvática de las mujeres del país, en cuyos ojos de ternura y de fuego parecen haberse acumulado muchas vidas.

Como Raquel debía volver por el tren de las cinco de Buenos Aires, adonde había ido á pasar una temporada en casa de una parienta, había aquella tarde en la casa de Antúnez una animación irregular. Era la primera vez que había salido del pueblo y sus padres la esperaban con impaciencia.

Cuando bajó del vagón, todos la rodearon, y tras los abrazos y las preguntas atropelladas y contradictorias que no es difícil imaginar, treparon con ella al break que les aguardaba ante el corredor de la estación. Antúnez, su mujer, Raquel y Enriqueta, la hermana de Antúnez que la acompañó en el viaje, pasaron gozosas entre nubes de polvo por la calle principal del

* De un libro en preparación: UNA TARDE DE OTOÑO (pequeña sinfonía sentimental).

pueblo, saludando á los grupos que se paseaban por las aceras.

Era el atardecer. El sol daba sus últimos latigazos de oro sobre los vidrios de las casas. Un vaho fresco subía de la tierra. Disipado el calor que encerraba á todos en sus cuartos, la vida simple del pueblo se abría de nuevo al aire libre. Las muchachas, vestidas de blanco, con trajes vaporosos y sencillos, se paseaban en grupos, riendo sus gorjeos de pájaros ante la esplendidez del cielo. Los ancianos, sentados en sus sillones sobre la acera, conversaban reposadamente viendo morir el día. Algunos jinetes, con los caballos enjaezados á la criolla, cruzaban las calles al galope, recortando sus siluetas sobre la claridad del fondo, y en el ambiente agradable de la aldea feliz, flotaba un perfume mezclado de flores y de almas frescas.

Cuando el break de los Antúnez desembocó en la plaza, el hacendado tuvo una sonrisa maliciosa; empujó á Raquel con el codo y le dijo, designando á un jinete que saludó al pasar:

— Ahí va Rodríguez. . .

Raquel se encogió de hombros, hizo una mueca de desdén, y como el coche se detuviera en la puerta de la casa, todos bajaron en un grupo y entraron hablando y riendo, mientras el jinete á quien acababan de encontrar les observaba desde lejos, inmóvil sobre su caballo, pensativo.

Durante la comida, Raquel contó que se había divertido mucho en Buenos Aires, especialmente en casa de la señora de Juliáñez, que daba recibos encantadores. Allí había conocido á un estudiante de derecho llamado Pérez, hijo de un estanciero millonario, y mozo de gran porvenir.

— Era el mejor bailarín de la reunión, declaraba Raquel en tono admirativo, y nadie puede competir con él en punto á los trajes. Se dice que los hace traer directamente de Londres. Los envidiosos le

criticaban, pero es el más alegre de todos.

Antúnez observaba á su hija con una sonrisa complaciente. Su clarividencia de padre le hacía adivinar el *flirt*. En el fondo se regocijaba de ello y se sentía halagado al saber que Raquel había hecho buena figura en los salones y había sido cortejada. No ignoraba lo efímero de esos mariposeos juveniles. De ahí que se interesaba en la conversación y diera bromas á Raquel, que se defendía jurando que Pérez no le interesaba ni más ni menos que los demás.

— ¿Y Rodríguez? — preguntó de pronto Antúnez, aumentando la turbación de su hija — ¿qué hacemos de Rodríguez, que se ha pasado toda la tarde yendo y viniendo á la estación, con la esperanza de verte pasar?

Raquel se echó á reír con el aturdimiento de su edad.

Y como la comida había terminado, todos se levantaron alegremente y salieron al corredor, donde tenían costumbre de tomar el café sentados en cómodos sillones de mimbre, respirando el fresco olor del campo humedecido por el crepúsculo.

Antúnez estaba á cabo de los amos de su hija con Rodríguez. Raquel, como todas las muchachas de su edad, creía tener un novio en secreto. Pero en su casa se hallaban tan enterados como ella misma. La dejaban hacer porque no veían ningún mal en la aventura y porque era la costumbre del país. ¿Qué muchacha joven y hermosa no tenía en el pueblo un novio de quien recibía flores y con quien cambiaba frases á escondidas, ya fuera por las tardes, durante el paseo en la plaza tumultuosa, ya fuera al atardecer, á través de la reja vetusta de la casa paterna? Esa inocente manía de esconder las preferencias, para revelarlas de golpe y casarse al fin, era tan común, que nadie soñaba en oponerse á ella. Antúnez, como tantos otros,

padres, se contentaba con seguir á distancia la marcha de las cosas, dispuesto á intervenir así que notara el menor síntoma anormal. Pero la vigilancia resultaba casi inútil. Aquellas almas sencillas y sinceras, empapadas en Lamartine y en Bernandin de Saint Pierre, estaban á cubierto de toda malicia. Eran amores de alma que acababan siempre en un matrimonio feliz.

Cuando Antúnez encendió su cigarro y pidió á la sirvienta su sombrero, había caído la noche. En ráfagas armoniosas llegaban hasta el corredor los ecos de la música, que tronaba en el kiosco de la plaza...

Raquel se puso un clavel en el pelo. Las dos señoras se cubrieron la cabeza con sus mantillas de tul. Y cuando llegaban todos al zaguán, estalló una confusión de besos y de saludos. Eran las de Pardo que pasaban y entraban á buscar á Raquelita.

En seguida se formaron dos grupos. Adelante, vestidas de blanco, bulliciosas y alegres, las tres muchachas. Detrás, la señora de Pardo con Antúnez, su mujer y Enriqueta.

En la plaza se paseaban ya las familias más importantes del pueblo. La calle angosta, bordeada de bancos y de árboles frondosos, era un entrevero de gentes felices, que se saludaban y se detenían á veces para conversar. Las mujeres con trajes claros de muselina y los hombres con sombreros de paja, dejaban, bajo el follaje obscuro, en la atmósfera adormecedora de la noche estival, como un parpadeo de luciérnagas humanas. Nada parecido á la casta voluptuosidad de esas fiestas inocentes que se reducen á oír un viejo valse en desuso, entre miradas y sonrisas, bajo el cielo tachonado de estrellas. La noche ejerce una extraña sugestión sobre los espíritus, el vaho fresco de los campos embalsama la atmósfera y todo es tan espontáneo, que se dijera que los hombres, volviendo á la claridad de los orígenes, se

complacen en reanudar la sinfonía de las églogas. En esas noches, en esas plazas, al compás de esas músicas, ha nacido la primavera de millones de idilios, se ha abierto un cielo en muchas almas, se han regalado muchas rosas y se han formulado muchas promesas....

Mientras los padres descansan, sentados en los bancos que bordean el camino angosto, las muchachas se pasean en bulliciosos racimos de juventud, dejándose cortejar por los mozos que estacionan de pie junto al kiosco de la música ó se pasean también gesticulando al resplandor de los cigarillos. Los enamorados aprovechan á menudo la complicidad de la sombra para cambiar cuatro frases rápidas y tiernas que se ahogan en el viento. Y bajo la arboleada que ondula empujada por la brisa, en el mareo de las notas, excitados por los roces, los grupos vibran y se embriagan de ilusión y de imposible....

Raquel, con sus dos amigas, comenzó á pasearse de un extremo á otro de la plaza. Hablaba con extraordinaria verbosidad y debía contar cosas interesantes, á juzgar por la atención que le prestaban las de Pardo. Cada vez que pasaban ante el kiosco, donde los músicos italianos, con las mejillas rojas, hacían crujir sus trombones brillantes, las tres muchachas escondían una sonrisa de complicidad....

A la derecha, de pie junto á un árbol, estaba Rodríguez, pálido de despecho.

Raquel se obstinaba en no verle.

Una vez se rozaron al pasar, y Rodríguez le lanzó una frase al oído. Pero sea que Raquel no le oyó, sea que había resuelto romper aquellas relaciones, el caso es que continuó su alegre charla sin inmutarse.

Rodríguez tenía ojos brillantes y profundos de soñador primitivo. A través de su cara morena, se adivinaba una alma á la vez dulce é impetuosa, capaz de la lágrima y del sacrificio. La nerviosidad con

que retorció su naciente bigote, y la mirada ansiosa con que espiaba los movimientos de Raquel, dejaban adivinar su tortura.

Llegó un momento en que no pudo contenerse y se lanzó dispuesto á todo. Quería tener una explicación. Raquel trató de esquivarse. Pero él insistió, y en un extremo de la plaza, donde otras veces se habían cambiado palabras tiernas, tuvieron un diálogo hostil. Las de Prado se retiraron algunos pasos más lejos, y en la placidez embriagadora de la noche se desató el drama:

—Aquí hay un misterio que es necesario aclarar. Tu viaje á Buenos Aires te ha separado de mí. Buscas un rompimiento, ¿verdad?

—Busco lo que es necesario. Debías haber imaginado que esto no puede durar eternamente.

—¿Por qué?

—Qué se yo! Pero ahora todo ha concluido. Supongo que me dejarás tranquila.

—Te estoy oyendo, Raquel, y no sé si debo despreciarte ó hacerte expiar tu traición. ¿Has olvidado nuestras promesas? ¿Qué cambio ha habido en tí? ¿Amas á otro?

—Sí.

—¿Y me lo dices?

—Claro; puesto que todo ha concluido. Adiós.

—No, no; no te irás. Has de escucharme hasta el fin, porque hoy resolvemos nuestra vida. Crees tú que yo, que he puesto en tí todo mi pensamiento, voy á dejar que te alejes sin gritarte tu infamia?

—Adiós.

—Ven aquí. ¿Qué es lo que hay? ¿quién es el canalla que

—Déjame irme

—¿Dime! ¿Quién es el que me ha robado tu cariño?

—¿Qué te importa? Ya lo sabrás, cuando me case, dentro de algunos meses

—¿Casarte con otro! ¿Y yo asistiré en silencio á esa vergüenza?

—Adiós, suéltame Adiós.

—Mi Raquel, ¿qué te he hecho yo para que me desdeñes? ¡Vuelve á mí! Tú sabes cuánto te quiero

—Hedicho que todo ha concluido. Quiero á otro, me caso con otro. Déjame en paz.

—¡Maldita! No me verás sobrevivir á tu traición.

Y en la media sombra de aquel lugar apartado, adonde llegaba la música tamizada por la atmósfera caliente de perfumes, Raquel no tuvo tiempo más que para lanzar un grito breve. En un relámpago, Rodríguez había desnudado un pequeño revólver de cabo de marfil, se lo había apoyado en la frente y había caído bañado en sangre.

Al ruido de la detonación acudieron espantadas, en remolinos ansiosos, todas las gentes que estaban en el paseo. Antúnez se abrió paso y levantó á su hija, que se había desvanecido de emoción.

.

Quando le extendieron sobre dos sillas en la farmacia, Rodríguez vivía aún. Pero el médico no dió esperanzas de salvarle. La herida era mortal. Al cabo de media hora expiró sin haber pronunciado una palabra.

Y un mes después, Raquel recibió la noticia de que Pérez, el brillante estudiante de derecho, había pedido la mano de la Señorita de Miramar, una prima suya. Raquel lloró muchas lágrimas. Comprendió la angustia de Rodríguez. Y una mañana muy temprano, á la hora en que todo aparece en la naturaleza de color de rosa, salió con una sirviente, fué al cementerio y dejó una rosa blanca sobre la tumba del suicida.

MANUEL UGARTE.



Yo VENGO DE UN BRUMOSO PAÍS LEJANO

J. REVELAS 1904

DE LOS "JARDINES INTERIORES."

Yo vengo de un brumoso país lejano,
regido por un viejo monarca triste. . . .
mi numen sólo busca lo que es arcano,
mi numen sólo adora lo que no existe.

Tú lloras por un sueño que está lejano,
tú aguardas un cariño que ya no existe;
se pierden tus pupilas en el arcano
como dos alas negras y estás muy triste.

Eres mía, nacimos de un mismo arcano
y vamos, desdeñosos de cuanto existe,
en pos de ese brumoso país lejano
regido por un viejo monarca triste. . . .

AMADO NERVO.



Dar de beber al Sediento. Fotografía de Lupercio.

ROMA

Maurice Maeterlinck.

Roma es probablemente el lugar del mundo donde más belleza se ha acumulado, y subsiste todavía, durante veinte siglos.

Roma no ha creado nada, á no ser un espíritu de grandeza y el ordenamiento de las bellas cosas; pero los monumentos más magníficos de la tierra se han prolongado y fijado en ella con tal energía, que han dejado allí, más profundos que en cualquier otra parte, sus numerosos y más impercederos vestigios. Cuando se pisa el suelo de Roma, se pisa la huella mutilada de la diosa que no se muestra ya á los hombres.

La naturaleza la había colocado admirablemente en el sitio más propio para que se amontonaran, como en la más noble copa que se haya abierto bajo el cielo, las joyas de los pueblos que pasaban alrededor de ella por las cumbres de la historia. El punto adonde iban á caer estas maravillas, era ya el equivalente de esas mismas maravillas. El azul de su cielo es límpido y suntuoso. La obscura y profunda vegetación del norte llega hasta allí todavía y se combina con los follajes leves y más claros del mediodía. Los árboles más puros—el ciprés que se eleva como una plegaria ardiente y sombría, el amplio pino-parasol que parece el pensamiento más grave y más armonioso de la selva, la maciza encina verde que toma tan fácil-

mente la gracia de los pórticos,—han adquirido allí, por tradición secular, una altivez, una conciencia y una solemnidad que no tienen en ninguna otra parte.

El que los haya visto y comprendido no los olvidará nunca, y los reconocerá inmediatamente entre los árboles análogos de una tierra menos sagrada. Esos árboles han sido adorno y espectadores de incomparables cosas. Se han hecho compañeros inseparables de los acueductos aislados, de los mausoleos descoronados, de los arcos quebrados, de las columnas heroicamente rotas, que decoran una campiña majestuosa y desolada. Han tomado el estilo de los mármoles eternos, á los que cercan de silencio y de respeto. Como éstos, saben decirnos, por medio de dos ó tres líneas netas, y sin embargo misteriosas, todo lo que puede confesaros la tristeza de una llanura que soporta sin doblarse las ruinas de su gloria. Son y se sienten romanos.

Un círculo de montañas de nombres sonoros y augustamente familiares, de cimas frecuentemente cargadas de nieves tan brillantes como los recuerdos que evocan, forma á la Ciudad, que no podrá morir nunca, un horizonte definido y grandioso que la separa del mundo sin aislarla de los cielos. Y dentro del recinto casi desierto, por el centro de las plazas inanimadas donde las losas, los pórticos, mul-

tiplican el espacio y la ausencia, por todas las encrucijadas donde velan en el vacío alguna estatua herida, por entre las fuentes, los capiteles, los tritones y las ninfas, una agua dócil y luminosa, cumpliendo aún órdenes recibidas dos mil años hace, forma, á la soledad immaculada, un ornamento, móvil y fresco siempre, de penachos de azul, de guirnaldas de rocío, de trofeos de cristal, de coronas de perlas. Se diría que el Tiempo no ha querido respetar, entre esos monumentos que creían poder desafiarlo, más que las horas frágiles de lo que se evapora y de lo que corre.

—

Por tanto tiempo ha residido la belleza dentro de esos muros que van desde el Janículo hasta el Esquilino, con tal persistencia ha estado aglomerándose allí, que el lugar mismo, el aire que en él se respira, el cielo que lo cubre, las curvas que lo definen, han adquirido un prodigioso poder de apropiación y de ennoblecimiento. Roma, como una especie de pira espiritual, purifica todo lo que, desde hace siglos, los errores, los caprichos, la extravagancia y la ignorancia de los hombres, no han cesado de amontonar allí. Hasta ahora ha sido imposible desfigurarla. Podría creerse que ha sido imposible ejecutar ó conservar allí una obra que se resistiera á despojarse de su fealdad ó vulgaridad original.

Todo lo que no se conforma al estilo de las siete colinas se borra y elimina poco á poco bajo la acción del genio atento que ha sentado en los horizontes, en la roca y el mármol de las alturas, los principios estéticos de la ciudad. La Edad Media, por ejemplo, y el arte de los primitivos han debido ser en ella más activos que en cualquier otra ciudad, desde que se encontraban en el corazón mismo del universo

cristiano; sin embargo, sólo han dejado allí huellas poco sensibles, vergonzosas y subterráneas podría decirse; lo necesario, y nada más, para que la historia del mundo, cuyo foco era aquél, no quedara incompleta. Por el contrario, los artistas cuyo genio se hallaba en armonía natural con el que preside los destinos de la Ciudad eterna; Giulio Romano, los Carracci y otros, pero, sobre todo Rafael y Miguel Angel, manifiestan allí una amplitud, una seguridad, una especie de satisfacción instintiva y de regocijo final, que no revelan en ninguna otra parte.

Se comprende que ellos no tenían que crear, sino que elegir y fijar apenas las formas que, afluyendo de todas partes sin revelar aún, pero imperiosas, no esperaban más que nacer. Ellos no podían engañarse; no pintaban, en el sentido propio de la palabra, descubrían simplemente las imágenes veladas que vagaban por las salas y las arcadas de los palacios. Las relaciones entre su arte y el medio que da vida á éste son tan indispensables, que, desterradas en los museos ó iglesias de otras ciudades, sus obras parecen traducir solamente un concepto arbitrario, exageradamente fuerte y decorativo, de la vida. Por eso las fotografías ó las copias de las bóvedas de la capilla Sixtina desconciertan un poco y resultan casi inexplicables. Pero, al entrar en el Vaticano, después de haberse impregnado de la voluntad que emana de las mil ruinas de Roma, el viajero acepta como un esfuerzo magnífico, pero natural, el enorme esfuerzo de Miguel Angel. La prodigiosa bóveda donde, en medio de una armoniosa y grave orgía de fuerza y de entusiasmo, se enlaza y se acumula un pueblo de gigantes, se convierte en un arco del cielo mismo, en el que se reflejan todas las escenas desenfrenadas, todas las virtudes poderosas, cuyos recuerdos se agitan todavía bajo las ruinas

de ese suelo apasionado. De la misma manera, ante «el Incendio del Borgo,» no se dice lo que se diría al ver el admirable fresco en el Louvre ó en la National Gallery; no se dice lo que dijo, por ejemplo, Taine: que esos grandes cuerpos desnudos no están allí como deberían estar; que las llamas que salen del edificio no los inquietan poco ni mucho; que sólo se preocupan de ofrecerse como buenos modelos y de hacer valer la curva de una cadera ó la musculatura de un muslo.

No. Si el viajero se ha dejado ganar dócilmente por las insinuaciones latentes de todo lo que lo rodea, se imagina en seguida que en esas cámaras del Vaticano, así como bajo la bóveda de la Sixtina, y aunque una y otra impresión sean algo diferentes, está asistiendo al florecimiento tardío, pero lógico y natural, de un arte que habría podido ser el de Roma. Le parece que encuentra allí la fórmula que el genio demasiado positivo de los quirites no había tenido tiempo ú ocasión de poner en claro. Porque Roma, á pesar de sus esfuerzos, no había logrado dar de sí misma la imagen esencial que había prometido al universo. En el fondo, sólo era hermosa por los despojos de la Grecia, y el mejor de sus méritos había sido recoger y comprender ávidamente la belleza del arte griego. Y siempre que había intentado agregar algo á ese arte, lo había deformado sin adaptar la expresión de él á su vida personal. Sus pinturas y esculturas no respondían más que por una especie de acomodamiento, de reminiscencia, á las realidades de su propia existencia; y su arquitectura debía á sus proporciones colosales la parte más sólida de una originalidad incierta.

Uno se deja arrastrar al sueño de que el armonioso de Urbino y el viejo Buonarro-

ti han reanudado, á través de todas las catástrofes, á través de todas las muertes, de todos los largos silencios aparentes de Roma, una tradición latente é ininterrumpida que no había dejado de evolucionar subterráneamente hasta llegar á la obra de ellos, hasta decir, por fin, al mundo lo que el Imperio no había podido decirle. Los dos son más íntimamente romanos, han representado mejor, á lo que parece, de lo que lo hizo la Roma de los Césares, el deseo inconsciente y secreto de la tierra latina. Esa Roma había errado su imagen. Seguía siendo artificialmente helénica, y la Grecia no podía suministrar á un pueblo infinitamente más vasto y muy diferente las formas que la conciencia ornamental de ese pueblo necesitaba; no podía ser más que un punto de partida seguro y magnífico; y sus estatuas y pinturas, delicadas, precisas, proporcionadas, diminutas casi, no estaban en su sitio en ese Fórum recargado de monumentos aplastadores, entre esas termas monstruosas, esos anfiteatros violentos, y bajo las enormes y suntuosas arcadas de esas basílicas superpuestas. Uno se pregunta entonces si los frescos de Miguel Angel no habían respondido, después de mil años de espera, al llamamiento de esas arcadas vacías, y si no se puede creer que sean esos frescos la consecuencia orgánica de esas columnas y de esos mármoles imperiales. Y de la misma manera se dice uno que las bóvedas, las pechinas, los lunetos de la Villa Farnesio y «el Incendio del Borgo» ilustrarian mucho mejor que las esculturas de Fidias y de Praxiteles, mucho mejor también que las mejores pinturas de Pompeya ó de Herculano, «las Metamorfosis» de Ovidio, los poemas de Horacio y «la Eneida» de Virgilio.

A MADEMOISELLE COQUETA

Sobre el cielo rosa que hay en tu abanico,
entre grises turbios y flecos de bruma,
vuela una cigüeña de dorado pico.

Bajo tu abanico, en la crespas espuma
de las blondas, duermen tus pechos de diosa
como dos pichones en nido de pluma.

Bajo tu abanico, loca mariposa,
En tu boca, roja cual nerviosa avispa,
enciende su clara sangre real la Rosa.

Hay en tu garganta que al beso se crispa,
deslumbrantes leches, nieves de azucena,
y en tus grandes ojos una viva chispa
descubre diabólicas gracias de sirena,
sueños luminosos de Luna en ocaso,
¡oh! tus ojos claros como Luna llena!

Buscabas ansiosa las heces del vaso;
prendida á mi cuello como una paloma,
oh! tu media negra, tu chapín de raso!

* * *

En aquella noche, con qué fresco aroma
sahumaba tus carnes el "boudoir" galante!
y qué amarga era tu perversa broma!

Tus dientes de azúcar, con mimo elegante
cacofonizaban tu risa de plata
clavando sus filos sobre el breve guante.

Y surgía hiriente de tu boca ingrata
tu risa de plata como estoque fino
de una fina vaina de seda, escarlata.

(Oh! las risas locas de timbre asesino!
oh! el agrio repique de los cascabeles!
oh! el gorro de Mono y el frac de Paschino!)

Caía manchando los albos manteles
sobre un esparcido naípe policromo,
la sangre preciosa de los moscateles.

Sorbí el "I'lang" de un dorado pomo,
rompía tu escote loco desaliño,
tu boca acentuaba su mueca de gnomo.

El "bouquet" nevaba blancuras de armiño,
y un alba violeta como un relicario,
ajustaba púdica su leve corpiño.

— Tenía el mechero fulgor visionario,
espiaba una araña desde la cornisa,
en la jaula de oro dormía el canario.

Solemnes campanas llamaban á misa,
y el poeta pálido, soñando en tu seno,
temblaba de frío al oír tu risa.

Y sus frios labios, manchados de cieno,
buscaron tu boca, que negaba, inquieta,
sus besos mojados de un rojo veneno.

Pregonó un chiquillo la diurna gaceta,
en distante torre se escuchó una hora,
y el canario dijo: oh! hermano Poeta,
ya está aquí tu rubia madrina la Aurora.

Buenos Aires.

LEOPOLDO LUGONES.



DESDE PARIS

¡Alas poor, Paquito!

Paquito es un guitarrista malagueño que Rubén Darío encontró á bordo de un vapor inglés, en la travesía de Algeciras á Gibraltar.

Y Rubén Darío No ofenderé la cultura de los lectores de *España*, diciendo quién es Rubén Darío. Pero lo que acaso no sepan mis lectores, es que el primer poeta que escribe hoy la lengua de Gonzalo de Berceo, de Garcilazo, de Fray Luis y de Góngora—busquen nombres, repasen los escalafones decapitados por la guadaña que se llevó á Zorrilla y á Campoamor, corran las escalas, acudan al conde de Cheste, por derecho de antigüedad, viajen por las literaturas regionales, descubran genios en las más grandes ó en las más chicas repúblicas de América. Puede que al fin parezca el que no ha parecido todavía.—Así, pues, y mientras tanto, digo que el primer poeta vivo en lengua castellana, tiene el arte de alumbrar yacimientos de oro puro, bajo las piedras de la calle y en la guitarra de Paquito. Como Bret-Harte, el californiano, Rubén Darío sabe descubrir la luz que vela en las cabañas miserables. ¿Qué zahori, sino el poeta, iría á fijar sus ojos en un tango de Málaga?—El buque se acerca á Gibraltar. La enorme mole del Peñón crece á sus ojos; aparecen las casas, los muelles, las escolleras, «las innumerables baterías, la

floración de cañones que hacen del promontorio un inmenso panal de piedra y acero, en que aguardan el momento propicio para lanzarse los enjambres de avispas de fuego, que alborotará la mano de la guerra.» Y Paquito el guitarrista, que no tiene más armas que su guitarra y sus coplas de plazuela, canta á media voz un cartel de desafío, para que el poeta lo transcriba en sus crónicas y lo avergüence con el inesperado honor de figurar en el delicioso libro *Tierras Solares*.

. . . «Al comparar la antigua situación con la actual, causa pena y dolor. De ira y de vergüenza deberíamos llorar al contemplar, y es la verdad, que nuestra dignidad manchada está desde que vió ondear la bandera inglesa en el Peñón de Gibraltar.

.
Pero ha de llegar el día en que volvamos nuestro Peñón á recobrar, y ese día cerca está, y subiendo á lo más alto y allí gritando ¡Viva España! nuestro glorioso pabellón clavar.»

—¡Alas poor, Paquito!—Con estas palabras shakespieranicas, como con una flecha

de ironía, clava el poeta á las páginas de su libro el inocente é inofensivo sueño de un guitarrista. ¡Ay, pobre, mentecato, iluso é ignorante, que ladras á la luna y remedas en ramplones versos la despedida lamentable «¡Ay de mi Alhambra!» y las lágrimas de Boabdil! Rubén Darío te oyó sonriendo gravemente, con la sonrisa compasiva de un dios benévolo. Un español, patriota quizá, te hubiera roto la guitarra en la cabeza para que no la llevaras á Gibraltar, al servicio de una fiesta de oficiales rojos ó de soldados kakhi—Sólo el tango se atreve á hablar de estas llagas nacionales, porque su primitiva ingenuidad le hace ser procaz é indelicado. Como Paquito, á bordo del buque inglés, van por las calles y plazas de Madrid los ciegos que empiezan á forjar nuestra leyenda heroica y que exaltan los sentimientos del orgullo patrio. En toda nuestra renaciente poesía, no habrá podido encontrar Rubén Darío la depuración de este latido del corazón popular. Pudor del ánimo, reserva hidalga que seca las lágrimas y calla las ambiciones, conciencia de la propia debilidad, abatimiento. . . . Todo escritor culto—por escritor, poeta, y por poeta, noble de pensamiento—se ha impuesto en España el deber de humildad, y pasa la vida en ejercicios espirituales. Místicos del pantano, no se atreven á esperar que vuelvan á correr las aguas, ni mucho menos á trabajar por abrirlas nuevo cauce. Han callado también las primeras voces que pidieron regeneración, y el extranjero, en España, no encontrará ninguna nota de combate más que en las cuerdas de la guitarra de Paquillo.

Hemos de agradecer profundamente á Rubén Darío, su atención de cronista sutil, profundo, concienzudo, hacia la tierra española. Por la tradición del idioma, nuestra España es su patria, y esta ciudadanía, cuya carta él mismo se ha extendi-

do en maravillosos versos castellanos, le obliga á deberes de lealtad y de sinceridad. Muchas verdades amargas, muchas sombras de nuestra realidad, aparecieron en el primer volumen de crónicas que bautizó Darío con el título de *España contemporánea*. El poeta de las *Prosas profanas*, el rico espíritu que engarzó en perlas el cielo de su *Azul*, y supo arrancar nuevos sonidos á nuestra lira clásica, remozando *Trovas, layes y dezires*, no ha querido cubrir la España de hoy con el velo de la Reina Mab, para verla de color de rosa. Ha venido, ha visto—ha visto con ojos perspicaces—y ha juzgado con un criterio firme é infalible, porque sus sentencias se reducen siempre á la exposición de hechos, á la sencilla información. Al hablar, más de una vez suenan sus espuelas de caballero, entre los párrafos de un estilo que voluntariamente refrena su buen juicio de cronista; más de una vez levanta el vuelo y deja en una página la huella de su milagrosa ascensión. Como la piedra del monte de Judea, donde los pescadores discípulos vieron la última traza del divino tránsito, esa página os hace soñar y os estremece. ¿Quién dirá de Emilio Castelar palabras tan altas y tan bellas? ¿Cuándo volverá á juzgar un hombre á otro hombre, con tan amplia percepción, de todas las nobles y relevantes cualidades y con tan magnánima serenidad, ante la débil arcilla pecadora?—Pues este espíritu de privilegio, ha escuchado en sus horas de periodista, todo cuanto España dice de sí misma, y pocas lecturas hay tan provechosas para nosotros, como sus crónicas de *La Nación*.

Ha escuchado las conquistas de la libra esterlina por tierras de España; la invasión de los cotos, huertas y propiedades de Algeciras, La Línea, el Campamento y Puente Mayorga; alguien le ha dicho que «hay una provincia inglesa enclavada en los do-

minios de la Monarquía española, y que en esa provincia, Gibraltar es la cabeza y la ciudadela; que la zona del ferrocarril de Algeciras á Bobadilla, cae dentro de la esfera de los intereses británicos; que «á los ingleses se les da ¡hasta tierra! y se ha llevado allí mucha de España, y la que se pisa en el muelle nuevo, y aún más allá, es tierra española.» que «Gibraltar tiene en el Parlamento español sus diputados;» que «nadie piensa en fortalecer nuestras posiciones vecinas á la plaza inglesa»—Esto pueden verlo y notarlo en España, aun los que llegan para un viaje de placer. Rubén Darío sabe que en ello no hay ningún dato nuevo, y cumple tranquilamente sus deberes de informador. América entera sabe por él cuál es nuestra situación dentro del mismo solar de la nacionalidad. Y un centroamericano discreto y culto, me dice:—¡Lo ve! ¡Se nos come, amigo! ¡Aquí son los ingleses, y allá son los yanquis; pero á todos se nos come!

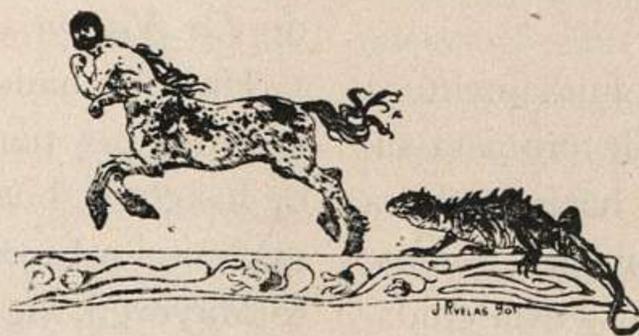
En el aislamiento de París, en la lejanía de la patria irremplazable, cien veces Rubén Darío ha inclinado con amargura sus pensamientos hacia una filosófica impasibilidad. Es de la raza de hombres de piel sensible, de emociones fáciles, bruscas, perturbadoras. Cualquier choque le hace retraerse á sus soledades. En la vida lite-

raria, donde son más agudas y más venenosas, que en ninguna otra sociedad de hombres ó de animales, las púas de los puercoespines de Schopenhauer, Darío renuncia fácilmente al calor de los congéneres. Quizá tiene conciencia de que su *género* empieza y acaba en él. Ayer, huyendo de esa vaga hostilidad del medio, recorrió las *Tierras Solares* de Andalucía, de Tánger, de Venecia y Florencia. Hoy prepara otro viaje á la gran tierra de Egipto. —Dejo el volumen del libro, aún no publicado, y cuyas primicias debo á su bondad, y leo con el poeta el programa de la excursión á Alejandria, el Cairo, el Nilo, las Pirámides. Pero por esta vez mi fantasía no quiere asociarse á tan gratas y fáciles aventuras. Pienso aún en el Peñón; sueño con otras empresas más rudas y más grandes; creo que del sentimiento popular puede nacer en España—¡en España, donde tiene verdadera razón de ser, mucho más que en la patria de Dérouléde—un vigoroso partido nacionalista; forjo proyectos, campañas, sacrificios, predicaciones por los pueblos, sangre, si necesario fuere.

Y en ese sueño de sueños, mi propia voz me responde con las palabras shakespieras:

—*¡Alas poor, Paquito!*

LUIS BELLO.



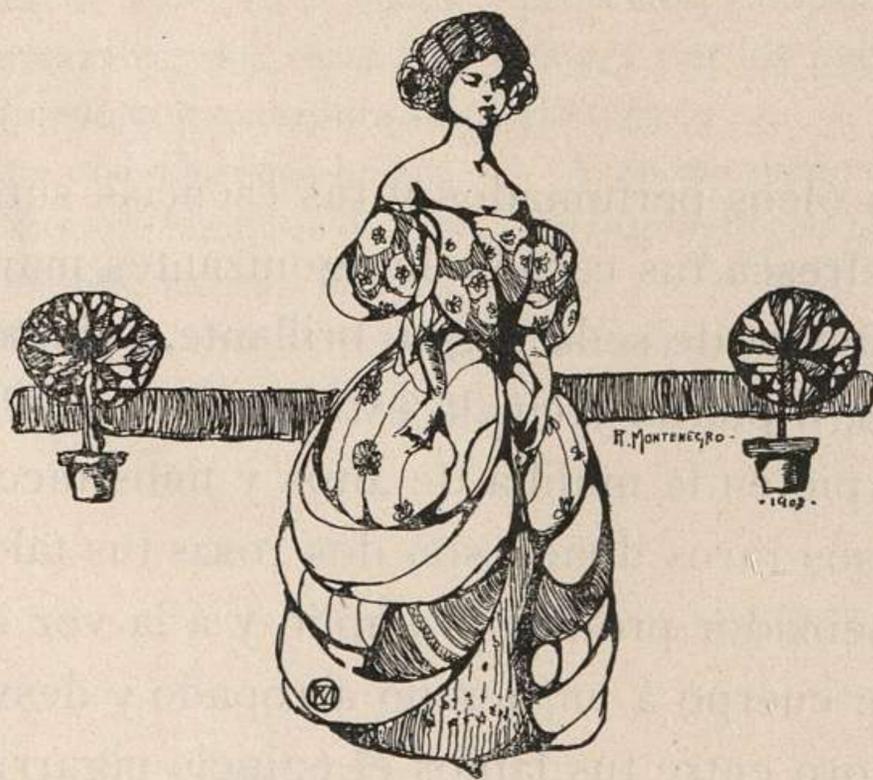


INTERIOR

Con tus óleos perfumados y tus esencias sutiles
 Unge y refresca tus carnes de agonizantes marfiles;
 Tu larga media de seda negra, brillante, calada,
 Cubra tu ágil pierna y cíñala estrecha liga encintada;
 Hunde tu pie en la mulilla de altos y finos tacones,
 Breves vasos raros donde son dos rosas tus talones;
 Y en un peinador profuso y amplio y á la vez ceñido,
 Mire yo tu cuerpo á un tiempo arropado y desvestido;
 Ponga su oro entre tus labios el egipcio cigarrillo,
 Muera en tu cabello un raro ciprepedium amarillo;
 Entre las vagas neblinas del tabaco perfumado
 Brillarán tus claros ojos entre ojeras de pecado,
 Sangrará tu boca ingenua tinta en sangre de martirio
 Y albearán tus dientes claros y nevados como un lirio....

Profanando tus candores y tus aires de Madona,
Cuenta un cuento ó de tus coplas la más libertina entona,
En tu peinador despierta el más íntimo frú frú
Y entretanto que algo muere, y á su muerte ríes tú,
Por los álamos del parque va arrastrándose una queja....
Por los ampos del crepúsculo un espíritu se aleja....
Y mirando los vaivenes de tu combo y breve pie
Entre encajes y entre aromas, gruñe el cerdo de Circé.

JOSÉ JUAN TABLADA.



UNA CARTA

DE

D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO.

«SR. D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA

Santander, 20 de Enero de 1905.

MUY ESTIMADO AMIGO:

Acabo de recibir el hermoso libro sobre Catulo, que acaba de publicar su amigo de usted, el Sr. D. Joaquín D. Casasús, y no puedo menos de felicitar á este excelente humanista, que tantos servicios está prestando á nuestra cultura clásica, tan desamparada hoy de trabajadores serios. Es la del Sr. Casasús una monografía excelente, que resume el estado actual de las investigaciones relativas al más exquisito y refinado de los líricos latinos, y juzga con imparcial y recto criterio sus peculiares méritos. El estilo correcto y agradable de la obra, el buen gusto que toda ella revela, la familiaridad que el autor muestra en los trabajos más recientes de la crítica europea, hacen muy interesante la lectura de éste, que más que biografía es un rico comentario. Las traducciones intercaladas de algunos trozos de Catulo, hacen desear la edición completa que el Sr. Casasús anuncia tener ya casi terminada, y que de fijo valdrá más que la de Pérez del

Camino, única que en castellano corre impresa. Convendría que más adelante pudiese mano en la traducción de Propertio, cuyas elegías están casi intactas en nuestra lengua.

La traducción, elegante, fiel y rectamente ilustrada de las «Bucólicas» de Virgilio, que recibí el año pasado; la de muchas odas de Horacio, publicada antes por el Sr. Casasús, me hacen esperar mucho de él, en el árduo camino que con tantos bríos ha emprendido.

Hasta la parte tipográfica de estos bellos libros está en armonía con el sello de distinción y aticismo que los realza.

Quiera Dios que tan bien encaminados esfuerzos encuentren quien los secunde entre la juventud literaria, y puedan levantar los estudios clásicos de la postración en que yacen, tanto en América como en España.

Veó con placer estos síntomas de renacimiento, pues ya conoce usted mis aficiones de toda la vida.

De usted muy atento amigo y S. S. Q. B. S. M.—M. MENENDEZ Y PELAYO.—Rúbrica.»

TE BUSCO EN LA ILUSION DE LA MAÑANA

I

Te busco en la ilusión de la mañana,
en la ojerosa tarde agonizante,
en el llanto de plata alucinante
que Febe hace correr en mi ventana.

Y está mi fe —la virgen expectante—
oh quimera multánime y lejana,
con la misma ansiedad con que la hermana
ama, interroga el término distante.

Sin describir la huella de tus pasos
se pierden mis antífonas canoras:
Triste me ven los pálidos ocasos,

el rubor femenino de las Auroras
y el viejo Sol, que en los celestes rasos
vuelca el fastidio eterno de las horas.

II

Cruzar te miro las cerúleas ondas
enclavado en la cruz de mis antojos;
y mis deseos, como claveles rojos,
sangran en la riqueza de tus blondas.

Sueño que me iluminan los golcondas
que hay en los terciopelos de tus ojos
y que ocultan mi amor y tus sonrojos
los doseles opacos de las frondas.

Paciente y fiel el alma que te anhela
(mientras el velo de Isis se descorre)
teje, como Penélope, su tela.

No importa que te alejes fugitiva:
la Esperanza en lo sumo de mi torre
arde como una lámpara votiva.

III

Cuando impongas tu mano en la aspereza
que en mi frente dejaron los martirios
y alises mi cabello con los lirios
de tus dedos, que moja la pureza,

Llena el alma de místicos delirios,
probaré á comulgar con tu belleza,
sobre el severo altar de mi tristeza
que constelan de lágrimas los cirios.

Consuma, pues, la hipóstasis divina,
polariza en los bordes de mi boca
tu carne, cual la luminosa harina.

Quiero oír en un éxtasis suspenso
—como el canto del agua entre la roca—
el rumor de tu sangre en lo que pienso.

RAFAEL LÓPEZ.

México.—1905.

LOS ZAPATITOS ENCARNADOS

¡Miren la pícara de la gata, tan viejecita y encanecida! Se fingía zapatera. Tenía en su ventana un pequeño muestrario de chinelas para niñas; chinelitas de Tafiote de raso, de terciopelo con flecos de oro y cintas floreadas. Las más lindas, eran un par de chinelas de un rojo escarlata: al brillo maravilloso de sus reflejos era de ver cómo se ponían de alegres las mocitas que pasaban por la calle.

Pasa una joven y blanca rata, de buena familia, por frente al aparador de la zapatera. Retrocede y se detiene, mira por la ventana y dice: “¡Salve, mi señora gata! Tenéis un par de chinelitas encarnadas que son riquísimas. A fe, que si no pedís mucho por ellas, voy á comprarlas. ¿Qué precio?”

La gata contestó: “Linda señorita mía, pasad, os lo suplico, á honrar con vuestra presencia mi morada. Cuento entre mis parroquianas á las damas más hermosas, hasta duquesas. la flor de la nobleza. . . . En cuanto á las chinelas, no reñiremos, antes es preciso probarlas. Hacedme el favor de pasar, sentaos.”

Así habla con melifluo tono la pícara gata; y la chiquitina, en su inexperiencia, cae en el garlito, en la red de muerte tan villanamente tendida. La rata toma asiento en un banco y presenta su fina pierna para probarse los zapatitos encarnados: —era un tipo de inocencia y de candor.— Pero héte que de repente la bribona de la gata la coge y la degüella, clavándole sus furiosas uñas. Muérdela en la cabecita y le dice: “Queridita, mi blanca chicuëla, pobre monina mía, héte ya muerta como una rata que eres, tiesa como muerta. Sin embargo, quiero poner sobre tu sepulcro las chinelitas encarnadas; en cuanto suene la trompeta del juicio, para la danza final, saldrás como todas de tu sepulcro y podrás calzar las chinelitas encarnadas.

MORALEJA.

¡Blancas ratitas, mucho cuidado!
¡No os dejéis alucinar por el brillo de las cosas de este mundo! Vale más, este es mi consejo, vale más trotar á pie descalzo, que ir á comprar chinelas en la tienda de la gata.

ENRIQUE HEINE.

SUB-LUNAR

Hoy tuve un sueño. Soñé
que iba caminando solo,
por un paisaje del Polo,
sin llevar ruta ni fé.

Se extendía la llanura
como peplo funerario,
como un inmenso sudario
de inmaculada blancura.

La luna, como enfermiza
y triste faz pierrotesca,
se asomaba gigantesca
tras la zona quimeriza.

Yo, caminando al azar,
daba la espalda á la luna,

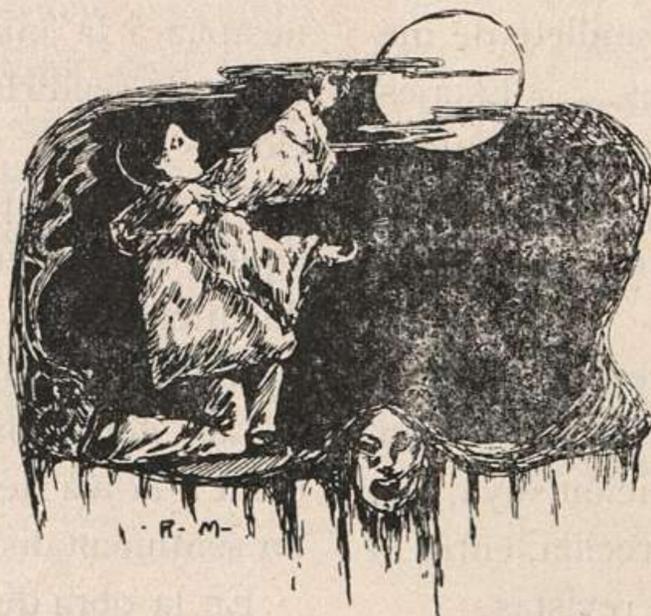
como si huyera de una
caricia de su rielar.

Tendiendo la vista en torno
de aquel páramo soñado,
vió mi espíritu asombrado
la blancura del contorno:

Blanco era el suelo aterido,
blanco el cénit deslumbrante,
blanca la luna gigante,
blanco mi cuerpo transido;

Y en la blancura que integra
ese paisaje del Polo,
he descubierto que sólo,
sólo mi sombra era negra....

LUIS CASTILLO.



AMADO NERVO

De México, del lejano país de los aztecas, ha llegado á mis manos una flor de talento, de arte, cuyos perfumados pétalos de exquisito aroma, saturan el alma de un dulce encanto, que á la mente lleva á ensañaciones de luz, de color, de armonía, de algo inenarrablemente bello.

El éxodo y las flores del camino, así titula su obra el artista mexicano á quien llamara Darío «buen monje de la belleza:» hablo de Amado Nervo.

La lectura de este libro ha dejado en mi espíritu la sensación de haber cruzado una senda florida, alfombrada de lirios y rosas.

El volumen es de prosa y verso: como podría ser de perlas y diamantes, de besos y caricias, de sueños y perfumes, por lo bello, por lo exquisito.

Flota en las páginas de ese hermoso libro, cierta dulzura, cierto encanto, que me parece que todo él es un ramillete de melodías, un cofre de ensueños. . . . Está escrita la obra de Nervo con delicadeza, originalidad é inspiración; vaciadas tan hermosas cualidades en un estilo claro, flexible y armonioso.

No había hasta ahora tenido el placer de hojear un volumen de Nervo; sólo conocía una que otra composición suya, que encontrara cual alegre florecilla, entre la maleza literaria de algunas revistas,

Así, pues, no había podido gozar de la armonía del conjunto, que hoy admiro en *El éxodo y las flores del camino*.

Lo que más seduce en Nervo es la libertad, la franqueza, la sinceridad que gasta en sus producciones, reflejando en todas ellas la exquisitez de una alma fina y la sutileza de un espíritu observador.

Nervo, da rienda suelta al pegaso de su inspiración, y corre veloz hacia el país de la fantasía, hacia el mundo de lo nuevo, donde tantos se pierden. Él no se extravía, él tiene la intuición del camino, y llega y sube á la rosada colina del Arte. . .

Nervo posee un cerebro potente y un sistema nervioso exquisito, sensible á las más sutiles vibraciones que se desprenden de la armónica belleza de la natura. Sí, insisto: Nervo es un elegido para quien la naturaleza descorre el obscuro velo que cubre la mirada del vulgo, velo que hace incapaz á la muchedumbre de comprenderla, de rendirla su homenaje de admiración.

Pocos, muy pocos, son los escogidos, aquellos á quienes Ella elige sacerdotes de su culto.

Nervo es uno de sus predilectos.

Las narraciones del poeta mexicano, unen á la luz de la verdad el encanto de un sentimentalismo viril del mejor gusto.

En la obra de Nervo todo es bello, Ci-

taré aquí una composición, que sería sólo una de las facetas en el blanco diamante de su bello libro.

Su título es *Visión*, poesía que une á la sencillez, la fantasía y el sarcasmo fino, que la hace original y de un sabor exótico. Hela aquí:

Una tarde, en mi sendero,
tuve un encuentro imprevisto:
me encontré con Jesucristo,
el divino Limosnero.

El Limosnero divino,
lleno de melancolía
parecía y parecía
muy cansado del camino.

—¿A dónde vas, Señor? y:
—A París, me respondió.
—¿A París? . . . ¿á París? No,
Señor, no vayas ahí!

Mas Cristo desapareció.

Encontrándole después:
—¿Qué hallaste? dije. Y él: Les
perdono! Llegado apenas,
hallé muchas Magdalenas
y ungieron todas mis pies!

Siento que el espacio de que dispongo no me permita obsequiar á mis lectores con algunas de sus prosas vívidas y elegantes. No obstante, allá va un fragmento:

. . . . «Cuando yo era niño y jugaba con mis compañeros en las calles de mi pueblo al claro de los plenilunios, sorprendíanos á todos que el astro estuviera siempre sobre nuestras cabezas, fuese cual fuese nuestro sitio. Uno de mis amigos íbase lejos, yo quedaba en mi puesto, y mi amigo me gritaba:—«Tengo la luna sobre mi cabeza». Y yo le respondía á voz en cuello:—«La tengo sobre la mía». ¿Era esto posible? ¿Era aquella la misma luna? No, por cierto; había dos lunas, la que torna-

ba plata los rizos de oro de mi amigo, por no sé qué celeste alquimia, y la que llovía nieve sobre el encrespado basalto de mis rizos negros, como sobre un volcán en flor. . . . Después he visto que yo tenía razón. Oh, tú que has amado y has tenido diez y ocho años, dime: ¿son por ventura la misma la luna, á cuyo fulgor convaleciente besaste la boca de tu primera novia, y la luna que alumbra hoy, que ya eres viejo, tu peregrinación hacia el recuerdo? ¿Verdad que no?!». . . .

Asi como este delicado trozo es todo su libro, lleno de originalidad y poesía. Unas composiciones hay impregnadas de sentimentalismo; otras, en que juguetea el sarcasmo; aquéllas, en que diluye la rica pedrería de su bello decir.

Por ejemplo: «El Papa tiene frío»—«Chez nous»—«Munich. Wagner»—«Tocas blancas y escapularios azules», etc., etc., y todo es bueno y bello en ese volumen que viene del lejano país de los aztecas.

Sí, lejano; Chile está más distante, intelectualmente hablando, de México, Argentina, Perú, Venezuela, etc., que de París. Más conocemos á Verlain, Moreas, Mallarmé, Gustave Kahn, etc., que á Diaz Rodríguez, Chocano, Vargas Vila, Zumeta, Nervo, Gómez Carrillo, Blanco Fombona, y tantos otros que honran las letras americanas. . . .

Sea, pues, bienvenido *El éxodo y las flores del camino*.

La lectura del libro de Nervo ha dejado en mi espíritu una cierta melancolía, unas ganas de abandonar esta tierra y viajar, viajar. . . . lejos, lejos, muy lejos. . . . á París. . . .

ERNESTO MONGE WILHEMS.

«Chile Moderno» Valparaiso

SONETO

En el yelmo ondeando la cimera,
sonada la señal, por la esperanza,
cual andante adalid, quebré mi lanza
con firme brazo y voluntad entera.

Mas una decepción hirióme artera,
ya proclamado vencedor; y alcanza,
á pesar de mi anhelo y mi pujanza,
en tierra á dar con mi triunfal bandera!

Pliega el alma sus alas abatida,
cual mariposa del Abril temprana,
por cruda racha del invierno herida!

¡Afán eterno de la vida humana!
Dar hoy á la esperanza nueva vida,
para perderla, como ayer, mañana!

MARIANO VIESCA y ARIZPE.





VIRGINIA REITER,

Nuestra admirada amiga de hace 16 años, vuelve á México.

Ultimo retrato de la notable actriz.

DISCURSO

Pronunciado

por el C. Gobernador Interino Constitucional del Estado, D. Enrique C. Creel,

en el acto de la instalación de la "Junta Patriótica Benito Juárez,"

que se verificó el día 12 de Febrero de 1905, á las 11.30 a. m.,

en el Salón de Recepciones del Poder Ejecutivo.

SEÑORES:

Muy distantes nos encontramos hoy, cuando nos bañan los resplandores de la civilización, del estado primitivo y prehistórico, en que el linaje humano, á modo de errantes greyes, vagaba por el haz de la tierra en pos del escaso é inseguro sustento, luchando con una naturaleza hostil y retando á las feroces alimañas de las selvas primitivas mejor armadas que él para la lucha.

Y el largo trayecto que separa al hombre de las cavernas prehistóricas, del culto y refinado vecino de las ciudades populosas, fué paulatinamente recorrido durante siglos de siglos por nuestros antepasados, desplegando para ello energías innatas, desarrollando facultades maravillosas, modelando el grito inarticulado que el hombre contemporáneo del mammoth lanzaba, á la par de las fieras, para trocarlo poco á poco en el flexible, sonoro, armonioso y rotundo lenguaje, capaz de expresar los más íntimos y delicados anhelos del alma y lo más elevado del pensamiento, digno de comunicarse con la Di-

vinidad, mágico instrumento de la poesía, y este lenguaje, representado por signos, generaba el arte de la escritura que silenciosa, fiel y elocuentemente habla á los ojos.

Y el hombre prehistórico, después de adueñarse del fuego, de domesticar y asociar á sus tareas bellos y muy útiles animales, de fabricar utensilios, y de extraer de la tierra los metales, primero el dúctil cobre y más tarde el hierro tenaz, aparece en los albores de la historia, poblando la fértil cuenca del Nilo, las vastas llanuras de la Mesopotania, las extensas riberas del caudaloso Ganges. Y algunos siglos después, surge risueña y culta, como maravillosa flor de la civilización antigua, la divina Grecia, bañada por las cerúleas aguas del Helesponto; y aquel pueblo de altísimas aptitudes mentales funda la ciencia, bosqueja la música, cimenta la filosofía, eleva la poesía á grande altura, y con el mágico arte de la estatuaria, diviniza la forma humana, legando á nuestra perenne admiración esas joyas del arte llamadas el grupo de Laoconte, el Apolo de Balvedere y la Venus de Médicis.

Cimentada la civilización en Grecia, bastan un poco más de veinte siglos para que, multiplicada, diversificada, engrandecida y ensanchada se disemine, á través de vastísimos océanos, por los más remotos continentes, encendiendo por doquiera su divina antorcha. A fines de la XV centuria, el mundo de Colón se incorpora al viejo continente y llega á ser partícipe de su cultura; en los siglos XVII, XVIII y XIX, las enormes regiones insulares que forman la Oceanía, gracias á los esfuerzos y empresas de portugueses, holandeses é ingleses, son poco á poco sometidas al blando yugo de la cultura; en el siglo pasado se ve á la India maravillosa, quizá remota cuna de nuestra civilización, incorporarse á la nación británica trocándola en imperio, y hace poco más de treinta años la civilización europea regenera, transforma y magnifica aquel país del extremo oriente, vislumbrado por Marco Polo y descrito por él con fabulosos rasgos; aquel país que fué el ensueño no realizado del inmortal Colón, aquel país que permaneció obstinadamente cerrado al europeo, que martirizaba cruelmente á los misioneros mensajeros de la civilización, al Japón, en fin, que hoy llena al mundo de asombro midiendo ventajosamente sus armas con la colosal Rusia, sucesora de los tártaros de la horda de oro, y gobernada por vástagos de los viejos Czares de Novgorod, de Kasan y de Moscovia.

En este trayecto enorme que separa el brillo deslumbrante de la civilización, en su zenit, de aquella noche tenebrosa en que se agitaba el hombre primitivo, contemporáneo del oso de las cavernas, se destaca un hecho culminante, sin el cual el leve y errante polvo de la grey humana no se hubiera congregado en graníticas masas, propias para construir el pelásgico edificio de la civilización; me refiero á la constitución de la patria, á la congregación de las vagabundas greyes, de las dispersas y errantes tribus, en naciones sedentarias, adueñadas de una comarca terrestre que cultivaban con esmero, que explotaban con provecho, consumiendo sus frutos, sembrándola y regándola,

la, extrayendo sus riquezas minerales, cubriéndola de ciudades populosas, doblégandola bajo el peso de monumentos gigantescos.

Constituida la nación, se concentraron y organizaron los esfuerzos, el trabajo colectivo quedó dividido y distribuido, surgió la unidad humana en el espacio y en el tiempo, la comarca que sostenía y alimentaba los contemporáneos, guardaba en su seno cariñoso los huesos de los antepasados, y estaba destinada á ser el patrimonio de los descendientes; el hilo de la tradición enlazaba á las generaciones pósteras, con la que en un momento dado sentía arder en su seno la generosa llama de la vida, los vínculos de la historia habían de unir estrechamente el pasado con el porvenir, los ascendientes más remotos con los descendientes más lejanos, y así se realizaba, y se hacía visible y palpable, una patria imperecedera é inmortal á través del torbellino de individuos caducos y de existencia efímera.

Los nacionales sentíanse estrechamente unidos entre sí, por la común defensa, por comunes necesidades, por intereses semejantes, por la protección de las mismas leyes, por el culto de los mismos ideales, por la adoración de los mismos dioses, por el uso de la misma lengua, vibrante, sonora y significativa.

Si he evocado ante vosotros el enorme espectro del pasado, ha sido á fin de hacer surgir de su contemplación una enseñanza fructífera en alto grado, la que nos hace considerar á la patria como una condición *sine qua non* del progreso, de la cultura y del bienestar humanos; con cuánta razón un gran filósofo aconsejó al hombre, para ser feliz, reprimir el desolador egoísmo, salir del estéril culto de su mezquina personalidad y consagrar la existencia á tres ideales: la familia, la patria y la humanidad, augustos emblemas de la solidaridad colectiva, é inexhaustos manantiales de la ventura personal.

Cuán desacertado y opuesto á tales enseñanzas estuvo un escritor mexicano que, en un arranque de escepticismo inaudito y de humorismo incalificable, exclamó que la pa-

tría no era más que un instinto zoológico. Protestad conmigo contra semejante aseveración, que de buen grado, de criminal calificara. No, la interpretación correcta del pasado humano, nos enseña que cabalmente la constitución de las naciones y el orto del amor patrio en el sentimiento humano, sacó al hombre de las bajas regiones de la animalidad para exaltarlo hasta las excelcitudes de la humanidad; la patria dignificó á los grupos humanos, convirtiéndolos de manada ó rebaño zoológico, en un conjunto armónico de seres, enlazados por el afecto, por el desempeño de comunes labores, que alientan las mismas esperanzas, y que, unidos por el vínculo de una religión común, y por los significativos sonos de la misma lengua, se congregan en el campo para labrar la tierra, y en el templo para pedir á la Divinidad que, bendiciendo sus labores, les otorgue el pan nuestro de cada día.

Con cuánta razón, pues, la patria es ensalzada, es amada, es bendecida por el hombre; con cuánta razón se la considera como nuestra madre cariñosa que nos da la vida, que nos sustenta, que enciende nuestros ideales, que inflama en nosotros el divino fuego de honor; y con cuánta justicia se exige de cada hombre, consagrar sus energías al engrandecimiento de la patria, y, en caso necesario, estar dispuesto á sacrificar nuestra existencia por defenderla. Vivir por la patria, morir por ella, son los dos grandes preceptos que el código del civismo imprime con líneas de luz en la conciencia del hombre culto.

Siendo así, como lo es, sin duda, pues ya desde la antigüedad, el gran poeta latino, Horacio, en cincelado é inmortal verso afirmó que era hermoso y noble morir por la patria, el ciudadano que la enaltece, el buen hijo que la honra, que la consuela en sus tribulaciones, que la sostiene en sus luchas, que consagra su vida á propugnar sus sagrados intereses, es acreedor á la gratitud de la misma patria, y merece gozar de la inmortalidad subjetiva, perpetuándose su recuerdo y siendo encomendado su nombre á la bendición de las generaciones futuras.

Os he convocado, señores, y ahora os dirijo la palabra, á fin de invitaros á organizar y hacer efectiva una manifestación, de la gratitud nacional, en favor de uno de los mexicanos más ilustres que han existido, y de los que mejor han sabido consagrar sus energías al progreso, á la independencia y á la honra de la patria. ¿Qué forma revestirá tal manifestación? Preciso es que sea duradera, como el agradecimiento que en pechos mexicanos infunde el grande hombre, á quien queremos honrar; preciso es que sea inmortal, como los grandes servicios del patrio; que sea hermosa, bella y sugiera profundas y vivas emociones, como hermosa, bella y sugestiva fué la carrera del gran mexicano, objeto del homenaje que ante vosotros inicio.

Asentar tales condiciones, es pedir á la estatuaria el concurso de su poderoso cincel, que en el mármol ó en el bronce, esculpió con Fidias la augusta forma de Zeus, con Miguel Angel la profética fisonomía de Moisés, con Canova las nobles y distinguidas facciones del que á principios del siglo pasado agitó al mundo con su maravilloso genio militar. Se trata, pues, señores, de proveer á los medios de inmortalizar el recuerdo de un gran ciudadano, por medio de un monumento que, á expensas de una subscripción nacional, se alce en el lugar en que culminó la magnífica vida del héroe.

Juárez es su nombre, señores. Basta pronunciarle, para justificar el propósito que nos reúne yaún otros mayores. Pero no queriendo que se nos tache de idólatras ó fanáticos admiradores de una personalidad, permitidme que esboce los fundamentales y característicos rasgos del glorioso indígena, que tanto impulsó el progreso mexicano, que tan grandes y trascendentales reformas implantó en nuestra organización política, y que tanto influyó para conservar incólume el territorio nacional y el sistema democrático republicano que nos rige.

Bien sabéis, que en 1821, después de once años de terrible y porfiada lucha, se consumó la independencia nacional, y fué convocada México á tomar parte en el concier-

to de las naciones libres. Esa obra grandiosa de nuestra libertad, ese acto sublime de la emancipación política y esa exaltación de un pueblo libre, constituyen por sí mismo la más brillante apología que pueda hacerse del libertador Miguel Hidalgo, que figura, para orgullo nuestro, en la constelación de los Washington y los Bolívar.

Reconocida la importancia de esa obra colosal, debo, sin embargo, referirme á que la nueva nación quedó conformada, según el tipo de la vieja colonia. Su gobierno interior, su legislación, la masa heterogénea de los pobladores, la ignorancia en que gemían, la secular opresión que habían sufrido, el comercio, la industria, el régimen económico, y, en resumen, todo lo que constituye una estructura social, llevaba las huellas de otras épocas, ostentaba como visible atavismo el influjo de siglos desvanecidos, y el grito de Dolores, consumando la independencia en 1821, al cortar el vínculo que hacía del territorio mexicano una rica colonia española, no pudo cambiar su fisonomía social, ni su mecanismo político, y, como era natural, todo conservaba el sello impreso por los dominadores, durante la prolongada labor de tres centurias y la marca de la política de los monarcas que empuñaban el cetro de España é Indias.

Si con la mirada sagaz del filósofo y el criterio sintético del historiador, contemplamos el turbulento conjunto de sucesos acaecidos en nuestra patria desde 1821 hasta hoy, nos será fácil advertir que tales sucesos se agrupan cronológica y sociológicamente en dos períodos: el primero, de agitación revolucionaria, se cierra en 1867, y tiene por finalidad histórica borrar de la nación mexicana las huellas luctuosas del pasado, extirpar las enfermizas producciones de épocas vetustas, derrumbar las partes carcomidas de la construcción social, substituir la igualdad ante la ley al privilegio, la libertad de comercio al monopolio, la libre concurrencia al régimen prohibitivo, hacer desaparecer el antieconómico sistema fiscal de tarifas enormes, de infinitas aduanas in-

teriores que, como pulpos de mil tentáculos, embarazaban los movimientos y absorbían el jugo del tráfico nacional.

Había sido tan prolongada la época revolucionaria, habían sido tan enormes sus agitaciones, y las raíces del mal eran tan profundas y tan difíciles de extirpar, que, aunque desde el punto de vista abstracto, el período revolucionario podía considerarse concluido en 1867, en el orden concreto, real y efectivo de los acontecimientos, las últimas oleadas de la agitación se prolongaron hasta 1876, quedando definitivamente terminada dicha era, con el advenimiento al poder de un hombre nuevo, dotado de ardiente patriotismo y de excepcionales dotes administrativas, que inauguró el nuevo período de nuestra vida independiente, caracterizado por el aumento de la producción y de la riqueza nacionales, por el desenvolvimiento del crédito público, por el equilibrio financiero, por la realización de grandes mejoras materiales, que han cubierto el país de redes telegráficas y ferrocarrileras, y de grandes obras que han ensanchado y mejorado nuestros principales puertos, y saneado y embellecido nuestras ciudades más populosas. En este segundo período de reconstrucción nacional, á la vieja política de agitaciones revolucionarias, de discusiones bizantinas y ociosas, de régimen parlamentario obstruccionista, ha substituido paulatinamente la política administrativa y científica que, sin perseguir abstracciones, se consagra á mejorar la realidad, que busca el progreso nacional, no en la estéril lucha de los partidos, sino en la cooperación laboriosa de los ciudadanos á realizar el común, operando á la sombra de la paz y del respeto á la ley, que define y garantiza los derechos de cada uno.

Estos dos períodos de la evolución nacional, han tenido por corifeos y caudillos: el uno, al ilustre patricio Benito Juárez; el otro, al egregio Gral. Porfirio Díaz. Mas este último, en la plenitud de sus energías y capacidades, empuña aún con acierto y beneplácito general, las riendas del gobier-

no, y tiene como recompensa el amor y la confianza de sus conciudadanos. Más tarde, la Historia le hará plena justicia.

El primero, el ilustre Juárez, traspasó hace treinta y dos años, la línea que nos separa de las regiones tenebrosas de ultratumba. Todavía en la plenitud de la vida física y en la alta cima de la preeminencia política, fué sorprendido por aleve y recóndita dolencia, y desapareció de las miradas de sus compatriotas, sumergiéndose en lo que el viejo Homero, patriarca de los poetas, llamaba el reino de las sombras.

Pero ¡qué vida tan fértil, tan fecunda, tan gloriosa la suya! Nacido bajo el frágil techo de mísera cabaña indígena, perteneciente él mismo á la raza indígena pura, su cadáver recibió honores en el viejo palacio de los virreyes, y sus restos fueron trasladados á la postrer morada, entre las solemnes y múltiples manifestaciones del duelo nacional. El llanto de la patria caía sobre la helada frente de su cadáver, y la misma patria, con ósculo cariñoso de madre desolada, sellaba la vida de aquel hombre que había escalado de uno en uno los peldaños de la jerarquía social, que había empuñado en sus viriles manos la clava de Hércules de la Reforma, para vencer al partido reaccionario, implantar justos y sapientísimos principios políticos, y con ellos construir las amplias y sólidas bases del progreso nacional.

Benito Juárez fué el heredero de las sabias ideas políticas y económicas de Luis Mora, fué en la dinastía liberal el sucesor del eximio patricio Valentín Gómez Farias, se afilió desde los primeros años en el partido liberal exaltado, pues, político sagaz y resuelto, comprendía bien que las reformas radicales, derrumbando un edificio, son preferibles á las empresas tímidas y vacilantes de los moderados, de convicciones poco firmes, de ánimo poco resuelto, que se contentan con hacer en el carcomido edificio reparaciones insignificantes.

En el gobierno de Oaxaca, ejercitó sus grandes facultades de hombre público, sufrió las persecuciones de Santa Ana, y al caer el dictador derrocado por el poderoso

movimiento liberal, iniciado en Ayutla, Juárez, elevado á la categoría de Ministro de Justicia, expidió la famosa ley que lleva su nombre, y que declara abolidos los fueros eclesiástico y militar.

Confiados los intereses del partido liberal á las débiles manos del moderado Comonfort, se vieron en peligro enorme, cuando éste, traicionando la Constitución de 1857, que de mala gana había promulgado y que jurado hubiera con intención aviesa, había abandonado la causa á la irrupción armada del partido reaccionario.

Por fortuna, el gran Juárez, honrado por la confianza nacional, é investido por el sufragio público con la dignidad de Presidente de la Suprema Corte de Justicia, que llevaba consigo la de Vicepresidente de la República, asume el poder en Enero de 1858, y sus manos vigorosas empuñan el timón de la causa liberal, amenazada por la engreida reacción que por sorpresa se había adueñado del poder.

Comienza entonces á dar muestras de aquella impasibilidad, de aquel estoicismo, de aquella entereza, de aquella convicción profunda, de aquella fe inquebrantable en su causa, que hicieron de él en adelante, la incommovible y enhiesta roca de la resistencia, que ve estrellarse y morir á sus pies las olas embravecidas.

Peregrino, levantando muy alto, cual lábaro de triunfo, la Constitución de 1857, y en Veracruz, con audacia sin ejemplo, y sitiado y acorralado por las huestes enemigas, decreta las inmortales leyes de la Reforma, convirtiendo en hechos y realidades, los anhelos y las más avanzadas aspiraciones del partido liberal.

Su constancia, y la firmeza granítica de sus propósitos, le dan por fin la victoria, y en los primeros días del año de 1861, á la cabeza del partido liberal triunfante, ocupa la capital de la República.

Mas aquel hombre, como si hubiera sido formado á propósito, para hacer frente á las más desesperadas situaciones, no había de disfrutar por mucho tiempo del reposo. Triunfador de una gran catástrofe, antes de

descansar de la ruda brega, debía hacer de nuevo frente á una nueva catástrofe más enorme y pavorosa. Después de la guerra civil, la guerra extranjera; después de haber hecho triunfar la Constitución y la Reforma, y asentado sobre bases firmes la independencia económica y la radical transformación del país, había que defender la autonomía nacional, pues el suelo de la patria era invadido por las huestes francesas, que pretendían implantar, por la fuerza, una institución imperial con un soberano extranjero.

La llama del patriotismo se extiende á todo el territorio nacional. Se hacen aprestos de guerra por todas partes: el himno nacional inflama el corazón de todo buen mexicano, y surgen los Escobedo, los Díaz, los Zaragoza, los Treviño, los Naranjo, los Corona, los Riva Palacios, los Rincón Gallardo, los Terrazas, los Rocha, los González Ortega, los Berriozábal, los Régules, y tantos otros héroes distinguidos, que recibieron del gran Juárez el temple de acero de su valor civil, el fuego de su acendrado patriotismo y la fe inquebrantable de su causa, justa y bendita, como es siempre la de la autonomía de las naciones.

Los triunfos del ejército invasor no fueron bastantes para desalentar al indio simbólico, en quien había encarnado el honor nacional y la esperanza de la patria; pero sí lo obligaron á salir de la capital de la República, con el corazón lleno de dolor, por la infidelidad de algunos malos mexicanos.

De nuevo comienzan para Benito Juárez las angustias de la emigración; de nuevo tiene que buscar y encontrar en las inexhaustas energías de su alma, la fe que faltaba á muchos; de nuevo peregrina, silenciosa y majestuosamente, hasta llegar á las lejanas fronteras de la patria. Aquí, en el Estado de Chihuahua, encontró calurosa y patriótica bienvenida; los hijos de Chihuahua se levantaron erguidos, valientes y resueltos, ofreciendo su sangre y sus vidas en aras de la patria; y hasta las damas de nuestra mejor sociedad, después de alistar á sus hijos para la guerra, fueron al templo de San Francisco á pedirle á la Divina Provi-

dencia, el triunfo de la causa republicana, cubriendo en aquel acto, de negros crespones el pabellón nacional, puesto que ya el ejército francés había ocupado la ciudad y que pasmado veía con fruncido ceño aquella demostración patriótica de las espartanas chihuahuenses. Poco después, esas mismas damas cubrían de perfumadas flores, las calles que deberían barrer los prisioneros mexicanos, sujetos á esa humillación por los franceses.

Juárez siguió su peregrinación, hasta asilarse en la modesta villa de Paso del Norte, y en aquel apartado asilo, le vimos permanecer sereno, impávido, haciendo frente á la tempestad; de pie, erguido, sostenido por el amor á la patria y por la fe que tenía en el triunfo, y por el noble sentimiento del deber, semejóse al capitán de desarbolado y desmantelado buque, que espera sereno sobre la cubierta que el temporal suspenda sus fieras acometidas, ó que le devore á él mismo con el navío, cuya suerte se le confió.

Ese momento sublime, augusto y decisivo de la vida del patricio, lo considero digno de perpetuarse en un monumento, y á ese efecto, en nombre de la patria, os pido vuestro concurso, para que, infundiendo la vida imperecedera del arte, se eleve un monumento al egregio patricio en la misma villa de Paso del Norte, hoy Ciudad Juárez, en la que en días luctuosos, el indígena de Gueletao, fué el porta-estandarte de la patria.

Señores, que componéis la Junta Patriótica «Benito Juárez,» que hoy tengo la honra de instalar: los hijos de Chihuahua recibieron con los brazos abiertos al gran indio, al esforzado Presidente de la República, que, después de peregrinar dolorosamente por centenares de leguas del territorio nacional, después de sufrir en Nuevo León y Coahuila la amarga desilusión que le causara la actitud hostil y traidora de Vidaurri, atravesó el desierto, pasando cerca del sitio donde el padre de nuestra Independencia cayó en manos de sus verdugos, y vino á llamar á las puertas del Estado de Chihuahua, encontrando, como ya he dicho, en esta tierra generosa y hospitalaria, consuelo á sus des-

aventuras, buenos amigos y fieles aliados, que sostuvieron la causa de la patria y de la libertad simbolizada en su persona. El ilustre Manuel Ojinaga y el egregio Gral. Luis Terrazas, á quien tenemos la dicha de contar aún entre nosotros, y de respetarle y honrarle como á uno de los representantes más dignos de aquellos días heroicos, prestaron á la causa del patricio el eficaz apoyo de su corazón denodado é intrépido, de su patriotismo y de su esforzado brazo.

SEÑORES:

Los mexicanos de aquella época cumplieron con su deber, cumplamos nosotros con el nuestro; ellos alentaron al ilustre ciudadano, al gran repúblico, se alistaron bajo sus banderas, pelearon denodadamente para hacer triunfar su causa, que era la sacrosanta de la patria, y muchos derramaron su sangre y perdieron la vida en la titánica em-

El día 12 del que cursa, quedó solemnemente instalada en esta capital, la Junta Patriótica «Benito Juárez,» cuyo objeto es erigir un monumento por suscripción nacional en honor del Benemérito de América, Lic. Benito Juárez, en la histórica ciudad chihuahuense que lleva su nombre.

Para dar cima á esa obra que perpetuará en el bronce y en el mármol la grata memoria del gran repúblico, que ciñó los laureles de la gloria, batallando por el triunfo del derecho, con las armas de su privilegiado espíritu, como predilecto hijo de su patria, la Mesa Directiva de la citada Junta que me honro en presidir, acordó se dirigiera atenta circular á la prensa, solicitando su concurso, para hacer la propaganda del proyecto de que se trata.

presa; honremos nosotros la memoria de aquellas jornadas heroicas, perpetuando en un monumento digno, el recuerdo del ilustre jefe, que llevaba consigo la causa de la patria, y que ese monumento sea para nuestros hijos una elocuente lección de patriotismo y gratitud, que les demuestre que, aun en las situaciones más desesperadas, la causa de la patria, la causa de la justicia y del deber, acaban por triunfar cuando se encomiendan á manos tan firmes como las de Juárez, á corazones tan enteros como el suyo, y á convicciones como la suya, tan inquebrantables; que ese monumento lo levante la gratitud del pueblo mexicano; que todas las clases sociales estén allí representadas; y que ese sitio bendito y ese monumento, sean para siempre la fuente de inspiración del amor patrio y el centinela avanzado de la autonomía nacional.

Al tener el honor de comunicar á Udes. el referido acuerdo, lo hago con la lisonjera esperanza de encontrar en los ilustrados Directores de esa publicación, el entusiasmo y la buena voluntad con que los ciudadanos amantes de las liberales instituciones de la patria, acogen siempre toda idea noble y levantada, que significa un tributo de admiración y gratitud para el héroe esclarecido de la Reforma.

Protesto á Udes. mi atenta y distinguida consideración.

Chihuahua, 20 de Febrero de 1905.—
ENRIQUE CREEL.—A los señores Directores de «La Revista Moderna.»—México.

LA PRIMAVERA EN TLALPAN.



Srita. Enriquetta de la Garza.

LA SIESTA

(HEREDIA)

Ni volador insecto ni susurrante abeja;
Del sol bajo la lumbre, el bosque se adormece,
Y al suave terciopelo del musgo se parece
La luz que tamizada, la fronda pasar deja.

Entórnanse mis párpados; en ellos se refleja
Acribillando el dombo que la arboleda ofrece,
La luz del mediodía que juega y resplandece
Y con furtivos rayos forma una red bermeja.

Hacia la ardiente gasa de tintas caprichosas,
De efluvios embriagadas y luz, las mariposas
Dirígense en enjambres pintados y risueños;

El haz dorado cogen mis dedos intranquilos
Y en las sutiles mallas de los dorados hilos,
Voy —cazador poeta— aprisionando sueños.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

1904.



EL JOYERO ANCIANO

(HEREDIA)

Con arte insigne y sin igual maestría,
Mejor que Ruiz y Becerril y Arfeo,
Cincelo un asa, grabo un camafeo
Y sé engastar brillante pedrería.

Sobre el metal que al iris desafía,
Siempre labré —pecaminoso empleo,—
En vez de un santo y místico trofeo,
Al Cisne y Leda, á Baco en una orgía.

Damasquinando estoques y puñales,
Por el orgullo de obras infernales
Puse en peligro mi futura suerte;

Por eso, al ver que la vejez me agobia,
Quiero cual Juan, el preste de Segovia,
Cincelando un copón hallar la muerte.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

1903.



OTRAS VIDAS

LAS CASAS.

La respetable Academia de la Historia, á la cual debemos tantas nobles celebraciones, habia decidido conmemorar el cuarto centenario de la llegada á América del Padre Las Casas, Apóstol de las Indias, y el Estado, queriendo pagar una deuda de gratitud al amoroso y humilde salvador de la raza expoliada, resolvió asociarse á aquella manifestación, primera en su género y digna de la más grande solemnidad. Figuraba en parte muy visible del programa una pieza oratoria del célebre tribuno Solís, gloria por entonces del buen hablar patrio, y se deseaba ardientemente oírlo, porque unía á una facilidad sorprendente y pomposa de palabra, una instrucción vastísima, especialmente en Historia, materia de la que era profesor en la Universidad. Solís aceptó la comisión que se le confiaba con particular complacencia: «Siempre he amado á Las Casas y le he admirado siempre, dijo; para mí es más santo que muchos que andan por ahí en el calendario, y hago por completo mías aquellas palabras de Justo Sierra:

«¿Por qué este cristiano sin mancha no tiene altares en las iglesias de América? No importa; tiene un altar en el corazón de cada mexicano.» «Escribiré con amor, añadió, su panegirico.» Y, en efecto, con

amor empezó á escribirlo, un amor que le hacía fácil y amable la tarea, prendiéndole flores en el aspereza del erudito investigar y del tedioso consultar los libros todos de nuestra historia patria. Hasta se excedió quizás una miaja en las dimensiones de la pieza oratoria; pero se consoló de ello, pensando: «¡Bah, mis numerosos oyentes no se fastidiarán; el asunto es tan bello!, y, dicho sea sin vanidad, lo he tratado con acierto; hasta afirmaría que con mucha más elocuencia que de ordinario. ¿Por qué? No sabría explicarlo: además del entusiasmo que me ha inspirado siempre el Apóstol de las Indias, paréceme como que ahora adivino muchas cosas de su vida que no refieren las historias. Me siento como sugerido, con una lucidez poco común. . . .»

*
* *

El Palacio de Minas fué el elegido para la velada, y la noche en que ésta debía efectuarse, el aspecto del secular y nobilísimo edificio era indescriptible. El patio, maravilla de majestad, las escaleras, dignas de un emperador, estaban realzados aún por un adorno que, rara avis, era del mejor gusto. El Presidente de la República asistía, acompañado de sus Ministros,

y naturalmente, cuanto en México priva le había seguido, y la concurrencia era de lo más granado que verse pueda. El pensamiento del país, en sus varias manifestaciones y actividades, estaba representado ahí.

Si hemos de decir verdad, y aunque todos los números del programa, escogidos con acierto y después de maduro reflexionar, eran bellos, la expectativa y la curiosidad del público estaban especialísimamente concentradas en aquellas breves líneas que decían: «El eminente orador Crisóstomo Solís hará el panegírico del Padre Las Casas.» Y, cuando llegado el solemne momento, Solís, con la actitud serena que le era peculiar, se adelantó lentamente hacia la tribuna, el entusiasmo unánime estalló en un largo y ruidoso aplauso previo, pequeño abono á cuenta de las muchas ovaciones que se le prevenían. Aquel aplauso decía á las claras: «Te saludamos, conciudadano, y te felicitamos desde luego, porque estamos seguros de que hablarás bellamente. Te conocemos ya, sabemos quién eres y hasta dónde llegas, y no tememos una decepción. Antes bien aguardamos indecibles sorpresas. . . .»

Solís respondió con una inclinación de cabeza y una sonrisa, llenas ambas de dignidad y de gracia austera, á aquella galantería del público, y apoyando las manos en el borde de la tribuna, con voz suave aún y casi familiar, dijo el reglamentario «Señor Presidente, señoras, señores. . . .»

Fué en seguida vigorizándose su voz en un crescendo blando y melodioso, hasta llegar al tono medio, rica como nunca de inflexiones y de matices, opulenta de tonos, de esos tonos, de esas inflexiones, de esos matices que solían levantar al público en masa, que eran, si puede decirse, notas fisiológicas de un poder incontrarrestable.

* * *

Empezó por describir el mundo de entonces, esperezándose aún del largo sueño de la edad media; los albores vivaces y alegres del Renacimiento, el impulso colectivo de los pueblos hacia la acción, su ansia de desentrañar lo desconocido y la impaciencia de los navegantes por arar todas las reconditeces del océano con las frágiles quillas de sus naves. Ponderó la vitalidad, el poder y la fe de los españoles de acero que nos conquistaron, hechos de la misma substancia que los Ajax, los Héctor, los Agamemnon y los Aquiles. Subyugó al auditorio hablándole de las empresas de estos hombres, empresas increíbles á no estar escritas todavía en las frentes mismas, abatidas ¡ay! como un doiente bronce, de la raza vencida, y en la estela vigorosa del idioma, de las costumbres y de la vida toda nuestra.

Luego, pintó la existencia del azteca libre, inclinado ante sus misteriosos monolitos de tezontle y llevando oculto en su mirada de obsidiana el enigma de su origen. . . .

Pero su elocuencia y su entusiasmo llegaron á inusitadas alturas al hablar de la casta ya irredenta, destrozada, exhausta, y de la piedad de aquel fraile sevillano que midió con su báculo todas las zonas y extendió su misericordia sobre todos los indios. Habló del valor de este humilde dominico, que se encaraba con los reyes y con los grandes, para decirles que la conquista era un atentado y que el solo derecho de los españoles había sido convertir á los naturales. Habló del inmenso amor de Las Casas á sus protegidos, amor que le volvía suaves todos los trabajos y dulces todos los sacrificios; del abandono conmovedor con que los indios iban hacia él y se acogían al amparo de su sayal de jerga. . . .

Y súbitamente, presa de una alucinación inexplicable, el orador empezó á «ver» lo que describía, con una precisión tal, cual si lo recordase. Vió las opulentas selvas vírgenes, los malezales y los montes, los valles y las ciénegas de Chiapas, de las Antillas y de México, por donde el misionero había pasado; sintió el calor de los soles inclementes; oyó los clamores de los indios que buscaban en él refugio, y que en su dulce idioma de *shes*, de *tes* y de *eles*, dábanle nombres de divinidad. Vió al encomendero brutal, haciendo silbar el castellano en sus injurias y el aire en su látigo de nervio de toro; sintió la ira santa en que debió arder el clarísimo varón ante las injusticias de los conquistadores para con los esclavos, y su voz tronó con apóstrofes vigorosos. Se había apartado por completo del hilo de su peroración, había olvidado por completo su panegírico. Lo que decía no lo había escrito él, Solís; era de otro. No era ya Solís quien hablaba de Las Casas: era Las Casas el que hablaba de su propia vida de apóstol. Hasta su voz se modificaba, adquiriendo inflexiones que él jamás «se había oído,» inflexiones misteriosas, sacerdotales, llenas de unción, tiernas y lejanas, muy lejanas, como si vinieran de las riberas de cuatro siglos. . . . desde los limbos de la eternidad.

El auditorio, conmovido hasta las lágrimas, arrobado hasta el éxtasis, seguía con la imaginación, con el corazón, con el alma toda, á través de su evocación portentosa, á aquel hombre transfigurado, y, en cuanto á él, se hubiera dicho que una

parte de su persona se asombraba de la evidencia de la otra, de lo que la otra, la que hablaba en aquel momento, sentía, veía y pensaba; experimentando no sé qué raro malestar ante el ser intruso que parecía venir del pasado á narrar su existencia á los humanos. . . .

*
* *

Al descender Solís de la tribuna, entre las enloquecedoras aclamaciones de sus oyentes, el Primer Magistrado de la Nación, con las lágrimas en los ojos, tendióle los brazos, olvidando todo protocolo y toda ceremonia, y las damas, con movimiento irresistible, enviáronle besos á dos manos, sin reflexión y sin sonrojo.

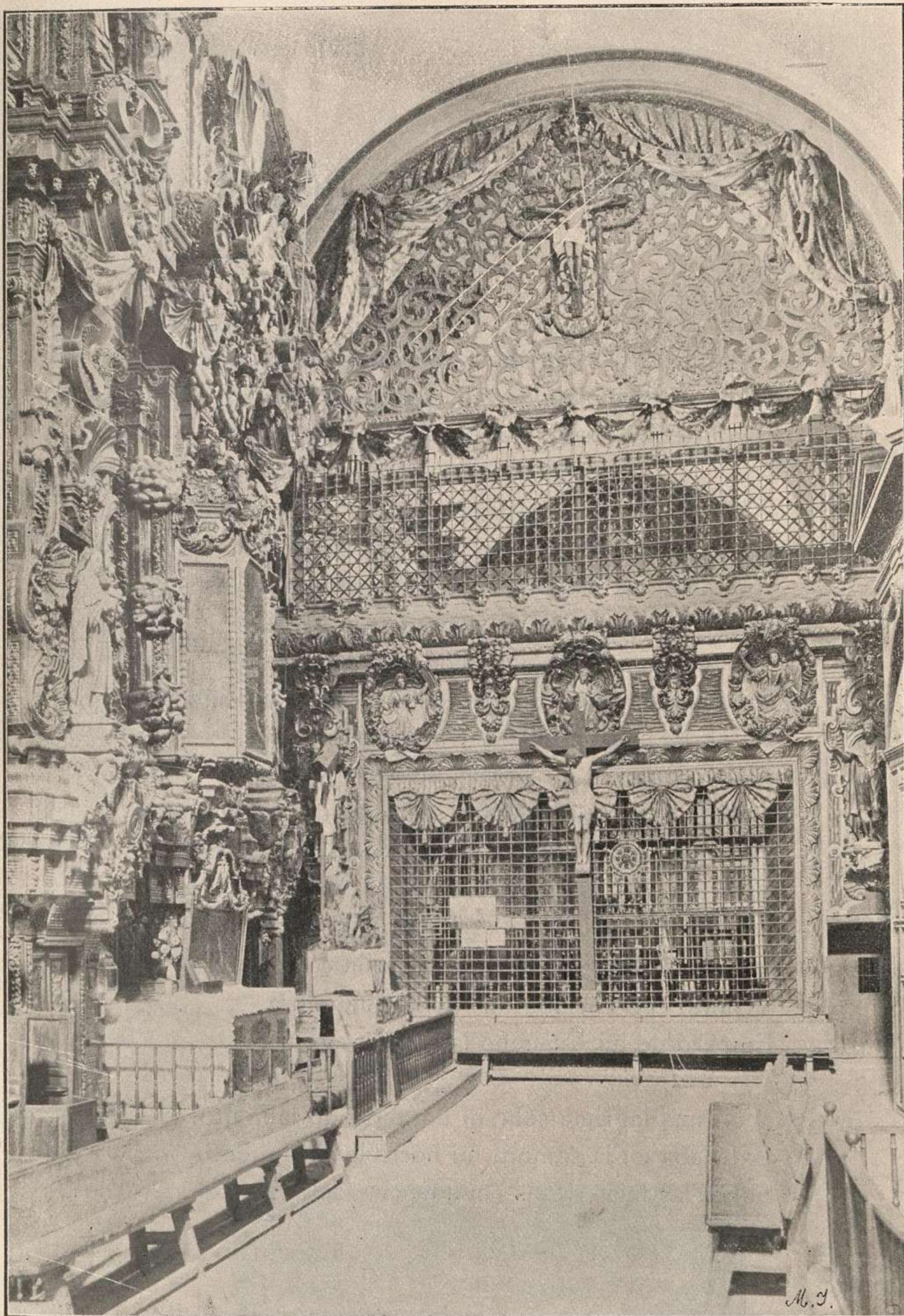
Solís se retiró á su casa, seguido de admiradores innumerables, y cuando al cabo de algún tiempo, ya solo en su estudio, se reposaba pensativo, los codos sobre su mesa de trabajo y la cabeza entre las manos, una voz, quizá más bien una sensación vigorosa; algo íntimo, claro, insinuante, invencible, le dijo:

—¡Tú fuiste el Padre Las Casas!

Y al martillar en su cerebro aquella voz, de un modo más definido, más perfecto y diáfano aún que en la tribuna, se desarrolló momentáneamente en su memoria, como una escena luminosa tras un telón que se descorre, como un relámpago que todo lo alumbra, el panorama de aquella su existencia anterior. . . .

AMADO NERVO.

NUESTRO MÉXICO



Iglesia del Convento de Santa Clara. Querétaro.—El Coro con el gran Crucifijo.
Obra de Mariano Perusquía.

AGONIA DE LAS ROSAS

Las Rosas deshojábanse mudas y lastimeras:
Sobre qué sepulcrales y tristes cabelleras?
O sobre qué insepultas y pálidas quiméras?

Las Rosas deshojábanse, graves y pensativas,
Como sobre la frente de princesas cautivas
Una diadema fúnebre de blancas siemprevivas.

Y yo las contemplaba con el dolor extraño
De quien naufraga en medio del Odio y del Engaño,
En el día más lúgubre y trágico de mi año. . . .

(Cien años han pasado, sin duda, desde entonces,
Han gemido cien veces los sollozantes bronces,
Y cien veces, las tumbas, han abierto sus gonces).

En la siniestra noche mi corazón caía,
Y junto con el ramo de Rosas que moría,
Empezó de mi Ensueño la callada agonía.

Ni una lágrima sola, ni un ahogado lamento,
Exhalaba en la sombra mi horrible sufrimiento
Sobre las misteriosas confidencias del Viento.

LEOPOLDO DIAZ

A WOLFRAM DE ESCEMBACH

Canta Wolfram, tiernísima querella
Envuelto en las penumbras de la tarde,
Mientras al fondo de los cielos arde
Cual un zafiro la primera Estrella.

El astro dulce y vespéral destella
Díctamo blando sobre el mal cobarde,
—Oh Minnesinger, que el Señor te guarde!
Tu voz es pura y tu canción es bella!

Y cuando vuelva el triste peregrino
Que desde Roma desandó el camino,
Dile cómo Isabel sufre y suspira.

Moje tu rostro varonil el llanto,
Y sollocen las cuerdas de tu lira,
Y alza á la Estrella tu divino canto!

LEOPOLDO DIAZ.



NOTAS BIBLIOGRAFICAS

“**Flérida y Garcilaso,**” *poema por José Peón y Contreras. México, Díaz de León, 1904.*—El aplaudido dramaturgo, novelista y poeta, Dr. José Peón Contreras, acaba de publicar un dulce y hermoso poema de amor, en que son protagonistas el bravo y melodioso poeta del siglo XVI y Flérida, la adorable heroína que asoma su fresco rostro de zagala entre la reja áurea de una de las más amables poesías clásicas.

Peón Contreras, cantor del sentimiento medioeval, que por la escena de su teatro ha hecho desfilar gallardamente á tanto héroe caballeresco y á tanta romántica heroína del amor, tenía que amar y cantar al inmortal Garcilaso, quien, con la lira del bardo y la tizona del guerrero, consumó proezas inmortales. Capitán esforzado en las gloriosas huestes del «emperador de la barba florida,» hallaba tiempo para, en las treguas de las batallas, bajo la tienda, ceñirse la armadura y cubrir á la Musa de sonoros besos. Para hacer un bello poema de tan bella vida, no tuvo que consumir grande esfuerzo el ingenio de Peón Contreras; le bastó seguir los pasos sonoros y marciales del héroe en su lírica y corta vida, y por todo artificio avivar la amante y suave figura de Flérida y hacerla avanzar en los limbos de la ficción.

Casi todos los episodios del poema son un comentario poético de esa vida ilustre y heroica. Mas hay que admirar el numen del poeta en la melodiosa y fragante estructura de la rima, en la dulce sonoridad de los versos fluidos y corrientes como una agua virgen. El género pastoral que se imponía en el desarrollo de tal asunto, está muy por encima de las zalamerías empalagosas prodigadas tan frecuentemente por los cantores de zagalas, que soplan laciamente en mediocres caramillos. Seduce la vena poética de Peón Contreras, encanta su facilidad y su transparencia, y al llegar al último verso del poema, con una delicada visión pastoril y una suave congoja en el ánimo, perdura algo como un perfume resinoso de henos y de pinares y una fragancia de aguas claras y bullidoras.

Y el bello fruto de la musa de Peón Contreras, siempre joven y primaveral, resulta un homenaje digno del gran Garcilaso, que, bizarro y encantador, vivió hermosamente la doble vida del poeta y del héroe.

* * *

“**El Jardín de los Sueños,**” *por Tulio M. Cestero. Santo Domingo, 1904.*—

Visiblemente un libro de juventud; lo revela el lirismo exuberante temperado por cierta cultura artística, que imprime en las páginas un sello de elegancia; lo denota la ingenuidad, la torpeza graciosa; el culto á la literatura y á los grandes literatos, con mengua de la propia personalidad. La visión no es precisamente directa; entre la Naturaleza y el autor del «Jardín de los Sueños,» hay una atmósfera artificial, que satura Mendes con sus almizcles y adonde D'Annunzio atomiza un ampo de sus crepusculares pedrerías. Puede decirse que Cestero ve sus asuntos y sus figuras alumbrados con luz de abajo, luz de rampa, mentirosa luz teatral que no es la radiante y meridiana del sol. Todo lo cual no quiere decir que Cestero sea un «monaguillo azul,» ni un efebo gelatinoso, ni un groom de celebridades. Es positivo su talento, tiene tendencias que lo aristocratizarán y la curiosidad artística que ya lo preocupa, será mañana noble sabiduría. Algo menos frágil que los bibelots de vitrina y los melindrosos madrigales, será mañana el amor de su alma y el final ejercicio de su Arte. Sus cualidades de ahora lo prometen, su naciente virtuosidad lo asegura. A Watteau y Frago, preferirá la obra y el ejemplo admirables del divino Vinci, y á pastorelas y sanguinas, el sonreír hemético de Madonna Lisa.

De todos modos, «El Jardín de los Sueños» es recomendable á la lectura. Es un jardín grato y riente, á pesar de las tijeras de Lenôtre, á pesar del monograma D'annunziano, que se distingue entre la grama de los prados.

De todas las piezas que integran el volumen, hay que señalar particularmente la penúltima, «Sanguina,» y la final que da su nombre al volumen.

Y esperamos con fe en el talento de Cestero el futuro jardín, teatro no de «bergeries,» sino de reales dramas, de verdaderos

dolores, y cuya pompa noble y devastada presida sobre el erecto fuste la intensa y grave máscara de un Hérmes.

*
* *

“Otras Vidas,» *por Amado Nervo; ilustraciones de Passos. Ballezá, México, 1904.*—La activa casa editora de Ballezá, acaba de publicar en elegante volumen ilustrado, las tres «nouvelles» de nuestro compañero Amado Nervo, tituladas «Pascual Aguilera,» «El Bachiller,» y el «Donador de Almas.» Con esas tres obras ha hecho Nervo su reputación de escritor en prosa, y no hay que decir que sus altas cualidades como tal, están patentizadas en esas tres obras de índole diversa. «Pascual Aguilera» es un trágico idilio, lleno de fuerza y de sol americano. «El Bachiller,» el más popular del trío, es un sutil estado de alma, analizado y ampliamente comentado por la crítica, y «El Donador de Almas» luce delicioso humorismo y fantasía.

No es razón para condenar ese notable libro al silencio, que su autor sea nuestro compañero, y así, después de estas líneas, simple anuncio, nos prometemos consagrar á «Otras Vidas» la nota bibliográfica que merece.

*
* *

“México desconocido,» *por Carl Lumholtz; versión castellana de Balbino Dávalos. Scribner's Sons, Nueva York, 1904.*—Ha comenzado á circular entre nosotros, magníficamente editada é ilustrada profusamente, la edición mexicana de la interesante obra en 2 volúmenes, en que el Dr. Carl Lumholtz acopia sus estudios y observaciones sobre ciertas tribus aborígenes de nuestro territorio. Una vasta zona, integrad

por los Estados de Chihuahua, Sonora, Durango, Zacatecas, Tepic, Jalisco y Michoacán, constituyó el extenso campo de estudio del Dr. Lumholtz, y las tribus y razas comprendidas en él, como tarahumares, coras, tepehuanes, tubares, huicholes y tarascos, fueron especial objeto de su observación.

Puede decirse que los estudios del concienzudo doctor, entrañan verdaderas revelaciones sobre las íntimas costumbres y manera de ser de esos grupos de nuestra población, que no por esta circunstancia dejaban de ser tan perfectamente ignorados para los mexicanos, como los Aleutas ó los habitantes de la Tierra del Fuego. El trabajo del Dr. Lumholtz, como los de otros muchos extranjeros, Holmes, Maler, Mosler, etc., pone tristemente en evidencia, nuestra falta de acción y nuestra negligente pereza. Es triste que la curiosidad científica y la laboriosidad extranjera vengan á sorprendernos, revelándonos lo que en nuestro propio territorio sucede, y que no por eso dejáramos absolutamente de ignorar! Hace mucho tiempo que la ciencia nacional debía estar en posesión de todos los datos inherentes á nuestras razas aborígenes, ya que nuestro poder civilizador ha sido ineficaz para sacarlas del estado enteramente primitivo en que se encuentran. Con esos datos, con esos fenómenos establecidos siquiera, ya que no analizados, debíamos hace tiempo haber contribuido al progreso de la ciencia etnológica, prestando un haz de luz para aclarar el problema, cada vez menos sombrío, del desarrollo de la humanidad sobre la tierra . . . Pero la desoladora tristeza de esas reflexiones se ahonda y se agrava al pensar que aún no tenemos un Museo Etnológico Nacional, y que en ese sentido puede el sabio encontrar más documentación en cualquier ciudad europea que en nuestra misma Capital!

El estudio de la tribu tarahumar, hecho por Lumholtz, es interesantísimo y bastante completo. Las creencias, ritos, prácticas de familia y de tribu, se hallan expuestas sencilla y claramente en un estilo cuyo presti-

gio consiste, sin duda, en el mérito de la irreprochable traducción.

La interesante tribu aparece dotada de grandes cualidades, que la hacen perfectamente apta para elevarse en la escala de la civilización, en cuanto se vean seriamente solicitados.

Los huicholes presentan un interés quizás mayor. Su producción es menos primitiva, y esto sólo bastaría para colocarlos en una etapa más avanzada, pues son agricultores y pastores, aunque por sus ritos, celosamente conservados, aparezcan como una tribu cazadora, es decir, en condiciones enteramente primitivas.

Poseen raras condiciones decorativas, y hay que ver sus bordados y ornatos llenos de curiosas estilizaciones de motivos orgánicos, plantas, animales y aun figura humana.

El estudio de los tarascos es interesante; pero aquí el problema varía, pues los actuales tarascos no son una raza que conserve un estado primitivo, por impotencia para evolucionar, sino restos en decadencia de una raza grandemente civilizada en otras épocas. Por manera que, más que etnológicamente, el problema tendría más interés elucidado desde el punto de vista arqueológico.

Y no es la arqueología, que, sin embargo, se une íntimamente con la etnología, el fuerte del Dr. Lumholtz. Eso se ve á las claras. Pierde una multitud de observaciones interesantes, de analogías, de comparaciones, que ayudarían grandemente al análisis de los fenómenos y á la derivación de fecundas leyes por esa deficiencia arqueológica. Así, el autor designa con un nombre arbitrario un ídolo en que la careta bucal característica, la cabeza de «ozomatli» atributaria, etc., denotan un «Ehecatl» nahoa, una representación del dios del viento. Asimismo, llama simplemente tambor, al instrumento de percusión, característico de la raza «nahuatl», llamado «panhuehuetl.» La ignorancia ó el desdén de esos tecnicismos es grave en una ciencia en que

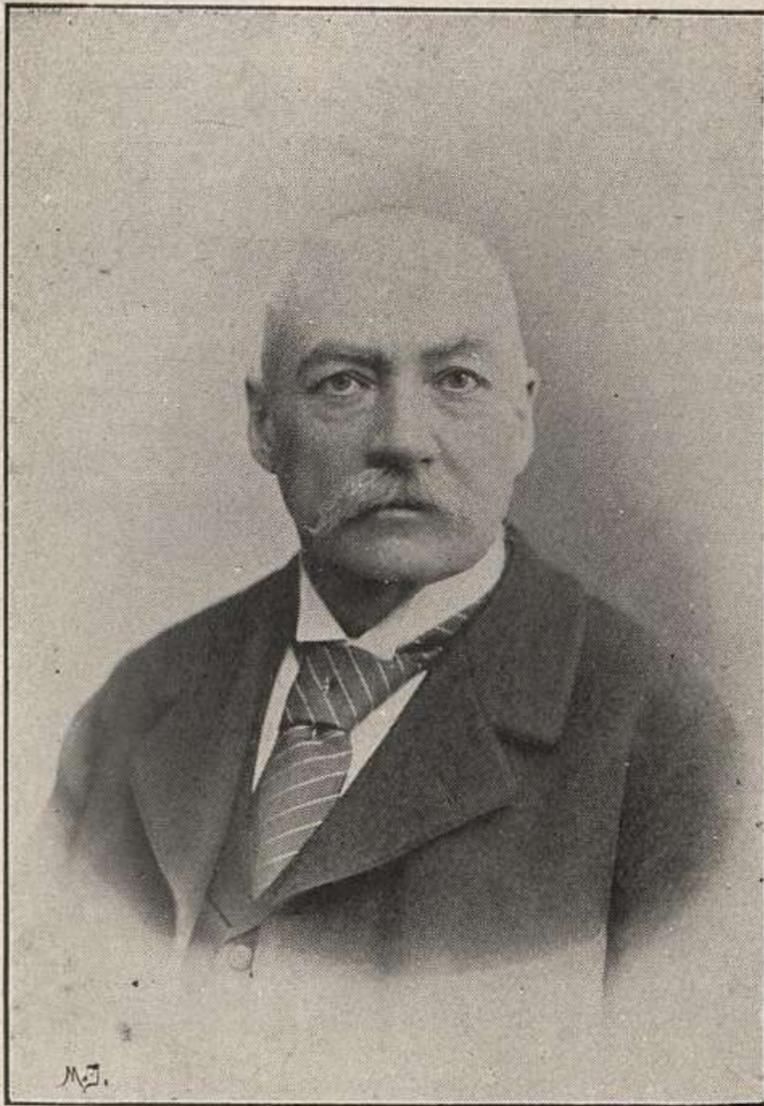
se impone una rigurosa diferenciación, y en que las ambigüedades son un peligro.

Con todo, la obra del Dr. Lumholtz, traducida bella y magistralmente por Balbino Dávalos, es una obra considerable que llena un vacío, mantenido durante largo tiempo por nuestra incuria, obra meritísima, síntesis de grandes energías consagradas á la ciencia.

Para aquilatar su utilidad científica, hay que recordar las palabras de Grosse, sutil psicólogo, alto sociólogo, fundador tal vez de la naciente «ciencia del arte.»

«La ciencia del arte no es capaz actualmente de resolver el problema bajo su más difícil aspecto. Si queremos un día llegar á comprender científicamente el arte de los pueblos civilizados, debemos penetrar primero la naturaleza y las condiciones del arte de los no civilizados. Hay que saber la tabla de multiplicar antes de resolver los problemas de matemática superior. Por tales razones, es por lo que la primera y la más urgente de las tareas de la ciencia del arte, consiste en el estudio de los pueblos primitivos.»

J. J. T.



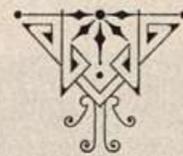
EL SEÑOR GENERAL

DON MANUEL GONZALEZ COSIO

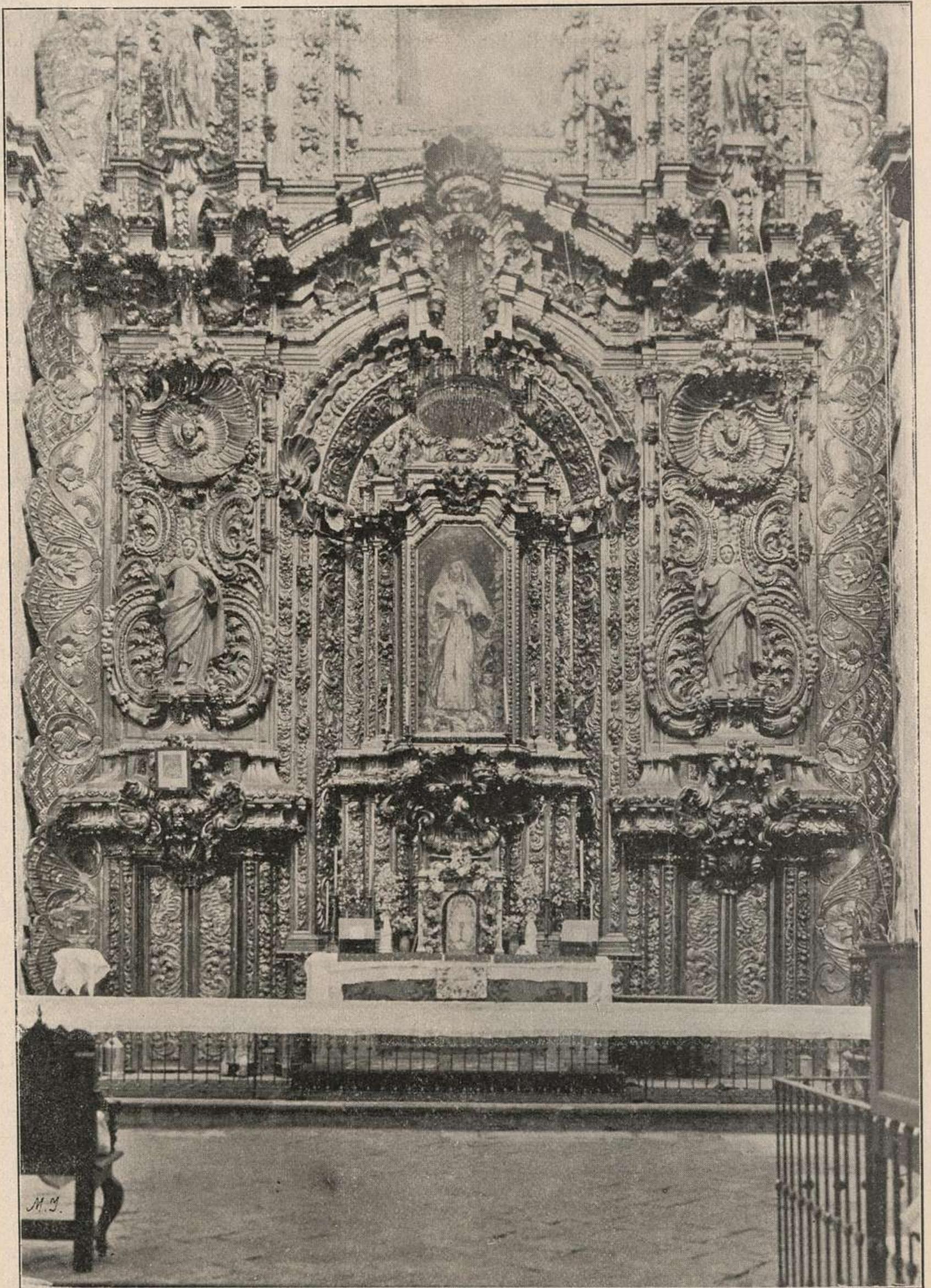
que acaba de ser nombrado

Ministro

de Guerra y Marina.



NUESTRO MÉXICO



Iglesia del Convento de Santa Clara, Querétaro.—El Altar de la Purísima.

LIBROS Y REVISTAS

El literato montevideño, Norberto Estrada, acababa de publicar en un tomito *mignon*, bajo el título: *Nuestros Novelistas*, una reseña acerca de los pocos cultivadores del más difícil de los géneros literarios, que en su patria han florecido. No hay en él, el juicio serio, el análisis formal, ni las proporciones siquiera de un trabajo digno de tomarse en cuenta; apenas, sí, podrá considerarse como un ensayo de crítica impresionista, y eso, no muy bien logrado.

Cinco microscópicos capítulos encierra el volumen referido, y lo expuesto en ellos, bien puede condensarse en cinco líneas.

Los primeros noveladores uruguayos, fueron: Alejandro Magariños Cervantes y el Dr. Carlos María Ramírez. (Estrada no fija la época en que surgieron). Hubo después algunos otros que hicieron ensayos de novela, siguiendo el ejemplo de Magariños Cervantes y de Ramírez, y alcanzando, no pocos, el éxito más *completo*. Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles y Javier de Viana, son, al decir de Estrada, los noveladores uruguayos más completos en la época actual. Ni á estos últimos, ni á sus predecesores, ni á novelista alguno uruguayo, conocemos, y difícil, por lo mismo, nos sería aquilatar la imparcialidad de las apreciaciones que en este libro se hacen. Culpa de ello tiene la falta de canje intelectual entre aquella lejana república sud-americana y la nuestra.

*
* *

Al tan debatido asunto, de si es efectiva

ó no la existencia de una literatura genuinamente nacional, en cada país, especialmente en los de la América Latina, el escritor R. Tirado Macías aporta algunos nuevos y especiosos argumentos. Difícil nos sería seguirlo en todas y cada una de sus disquisiciones, y sólo nos limitaremos á entresacar al acaso, del excelente artículo que inserta en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, dos ó tres de sus mejores párrafos.

“Dicen las personas entendidas en estas cosas, que hay literatura inglesa, literatura francesa, literatura italiana, alemana, española. Y para demostrarlo á las que no entienden bien, toman á los autores universalmente conocidos, y los colocan, como si dijéramos, en los anaqueles correspondientes á las lenguas en que ellos se sirvieron escribir para nosotros. Y los enfrasan y los sellan, y los rotulan—á los desventurados—que ni los boticarios de parroquia. A cualquiera de esos señores que saben, le pueden preguntar ustedes por la literatura italiana, para oírle hablar de Dante, de Tasso, de Leopardi, de Carducci. Y se quedan muy satisfechos y tranquilos. El vehículo del idioma es para ellos lo que el frasco para el amable farmacéuta de la esquina.

“Yo no creo—perdóneseme—en la literatura mexicana, en la literatura argentina, en la literatura venezolana, en la literatura colombiana, como *literatura nacional*. Comprendo que es una desgracia no creer en espantos. Y no envidia en la vida sino á aquellas personas felices para quienes las brujas

tienen existencia real y positiva. Yo no sé cuáles son las fronteras de estas repúblicas literarias.

“Existirán linderos demarcados por hábiles peritos, es seguro. Sólo que para esta especie de amojonamiento, ya les falta, como si dijéramos, el teodolito de la lengua. No habla literariamente sino una, la gente de la América Española. Sería, pues, muy curioso y saludable que nos hicieran saber en dónde acaba la literatura argentina, y en dónde comienza la mexicana, verbigracia.

“Con cualquiera de esos espíritus excéntricos que en Colonia y en Viena se preocupan por las letras españolas, se podría hacer un ensayo que llenase de consternación á los que aún no se han desarraigado. Estos libros hermosos de Díaz Rodríguez, Blanco Fombona, Fernández García, Coll, Amado Nervo, Darío, Lugones, Flores, Valencia, para no hablar sino de los jóvenes, se podrían entregar, barajados y sin pie de imprenta ni señales de otro orden, para que después de leídos por los hispanófilos alemanes y austriacos, fueran colocados por ellos mismos, bajo el nombre de la nación á que pertenecen sus autores. Resultarían, ya se deja ver, muchas cosas curiosas.”

* * *

Alma del Trópico, se llama una nueva revista de literatura que comienza á publicarse en Caracas, Venezuela, bajo la dirección del Sr. Don Ramón Ayala Aguinagalde.

Sus primeros números no carecen de interés ni amenidad.

* * *

Un año de vida acaba de cumplir *El Herald del Istmo*, revista quincenal, ilustrada, que ve la luz en Panamá. Anuncia á sus

lectores un cambio radical en su forma y un gran mejoramiento en su material artístico y literario. Publica el resultado de su primer Concurso de cuentos, abierto á fines del año pasado y da á conocer las bases para un segundo torneo del mismo género.

* * *

Acaba de aparecer en París un libro de Emilio Lauvrière, en el que, bajo el título de «Edgard Poë, su vida y sus obras,» se hace un estudio patológico del anormal autor de «El Cuervo.»

En el *Journal des Debats*, M. Arvéde Barine dedica á ese libro un estudio de lo más brillante y sugestivo, dado el gran interés que la rara figura del poeta desaparecido, despierta en el mundo literario.

Y si no, juzgad:

Hay que hacer notar primeramente, dice M. Arvéde Barine, que Poë era hijo de madre tísica y de padre alcohólico, descendiente éste último, á su vez, de toda una raza de grandes bebedores. Un hermano de Poë fué un *detraqué*; una hermana, semi-idiota, y él mismo era, desde niño, un anormal. Poco antes de cumplir los trece años de edad quedó huérfano; lo adoptó el matrimonio Allan, sin notar la anormalidad de su naturaleza, y no supo, por tanto, corregir el mal en su raíz. Entró á los diez y ocho años en el ejército, siendo allí su conducta «irreprochable,» haciendo decir á su jefe una vez: «No tiene malas costumbres, no bebe, es digno de toda confianza.» A los veinte años, fué recibido en una Escuela Militar. Parecía conjurado su destino. . .

¿Cómo llegó Poë al estado en que más tarde se le vió? Según trata de explicarlo Lauvrière en su libro, fué, no un borracho, sino un *dipsómano*, un enfermo de *dipsomanía*, esto es, un individuo que no se embriaga cuando encuentra ocasión de hacerlo, sino cuando *le viene* el acceso.

El fantástico autor de «Lady Ligeia,» en efecto, jamás bebió por el solo gusto de be-

ber. Prueba esto, el hecho de haber escrito en una de sus cartas, redactadas á la edad de treinta y nueve años, lo siguiente: «No encuentro absolutamente ningún placer en esos estimulantes, á los cuales me entregó á veces tan furiosamente. No ha sido por el amor al placer por lo que he expuesto mi vida, mi reputación y mi razón.» Y confirma esta declaración uno de sus compañeros de Universidad, quien dijo: «No era el *gusto* de la bebida lo que le atraía; cogía un vaso lleno, sin agua ni azúcar, y lo vaciaba de un trago, sin tomarle gusto.» Tampoco lo hacía por la excitación que pueda producir el alcohol, pues caía como adormecido al tomarlo. Era más bien una necesidad que le acometía periódicamente.

Edgard Poë fué, en una palabra, una víctima propiciatoria del heredismo. La ciencia ha venido á probar plenamente su inmensa desventura.

* * *

Catorce años de existencia acaba de cumplir la simpática y popular revista de arte *El Cojo Ilustrado*. En ese lapso de tiempo, sus páginas han sido el albergue de las últimas generaciones intelectuales de Venezuela, y el alto prestigio de que goza en aquella floreciente república, se expande ya por el extranjero.

En México, especialmente, *El Cojo* es apreciado de los círculos literarios, en razón de su positivo valer y del señalado cariño con que siempre acoge en sus columnas la producción de muchos de nuestros poetas y prosadores. En esta ocasión como en otras, *Revista Moderna* le envía un cordial saludo.

* * *

No ha mucho, abrió la revista parisina *L'Ermitage*, una información sobre cuál de

los poetas fallecidos en el siglo XIX, es el favorito del público-lector. De cosa de doscientas respuestas que ha podido recoger entre los literatos franceses de hoy día, ofrece el resultado siguiente:

1º, Víctor Hugo; 2º, Alfredo de Vigny; 3º, Pablo Verlaine; 4º, Baudelaire; 5º, Lamartine, 6º, Alfredo de Musset; 7º, Leconte de Lisle; 8º, Estéfane Mallarmé, y 9º, Alberto Samain.

Varias respuestas hay que no dejan de ser curiosas. Citaremos algunas: James, por ejemplo, dice que «el poeta que más le conmueve es Maupassant en *sus prosas*;» Boschot piensa que «cada poeta se convierte sucesivamente en el poeta por excelencia,» y Jean Lorrain dice, finalmente, que «la mala fe y la estupidez del homenaje á Víctor Hugo, están confirmadas por la presencia en el mismo de Catulo Mendes, que ha tenido valor para comparar con el más grande de los poetas del siglo pasado al *joven millonario* Edmundo Rostand.»

* * *

La ciudad de Bogotá (Colombia) ha celebrado últimamente unos Juegos Florales, que, al decir de *La Idea*, alcanzaron el éxito más completo.

Fué organizadora de ellos la Sra. D^{ña} Teresa Tanco de Herrera, persiguiendo un fin humanitario. Presidiólos como Reina, la encantadora Srita. Amalia Reyes, hija del Excelentísimo Sr. Gral. Reyes, y obtuvieron los premios principales los poetas Ismael Enrique Arciniegas y Federico Rivas Frade; el primero con una composición titulada «Inmortalidad,» y el segundo con un poema, «Mientras Lluve.»

* * *

Gente Nueva, la simpática revista salvadoreña de que ya nos hemos ocupado al

tiempo de su aparición, trae en su número 6 el siguiente entrefilet, que bien merece los honores de la reproducción.

«El glorioso poeta centro-americano Rubén Darío, que tiene realizada una odisea de amarguras y desengaños, al par que ha conquistado la inmortalidad, se encuentra ya bastante vencido, antes que por los años, por la bruma de sus dolores. «Ha cambiado enteramente su arquitectura corporal, su fisonomía, pero su espíritu es siempre el mismo, cada día con más luz.

«Ultimamente le ha enviado una tarjeta postal á su hermana Lola de Turcios. La tarjeta lleva el retrato último del poeta y una estrofitita que encierra tanta poesía como el más dulce poema. En su estrechez de corte, acumula toda una historia melancólica y dolorosa. Es la expresión sincera, pura, desnuda de toda sonrisa, pero llena de resignada tristeza.

«He aquí la estrofa que se lee al pie del retrato, un retrato que es el mismo que los versos expresan:

«Este viajero que ves
Es tu hermano errante. Pues
Aun suspira y aun existe,
No como le conociste,
Sino como ahora es:
Viejo, feo, gordo y triste.»

* * *

Sumamente importante, y bajo todos conceptos útil, es el informe que acerca de «La Inmigración en la República Argentina,» rindió á las Secretarías de Relaciones y de Comunicaciones el Sr. Lic. D. Francisco L. de la Barra, representante que fué de nuestro país en aquella nación hermana, antes de marchar para Bruselas, adonde lleva el mismo carácter que de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario tenía en la Argentina.

Más de ciento treinta páginas, en 4" menor, forman el precioso documento á que

nos referimos, en el que, con gran acopio de datos, hace el Sr. de la Barra un concienzudo examen del problema de la inmigración, bajo todos los puntos de vista posibles, y una amplia y detallada exposición de la influencia que como elemento de progreso ejerce ésta, en la floreciente república sud-americana. Los métodos empleados allá para fomentar el movimiento inmigratorio, cuya principal base y poderoso aliciente son la llamada *ley de tierras* y el Hotel de Inmigrantes, cree el informante pueden ser aprovechables en México, «á pesar de las diferencias que existen en la composición étnica de cada una de las dos Repúblicas y de la diversidad de sus respectivas condiciones económicas.»

«La República Argentina, dice el Sr. de la Barra al finalizar su trabajo, comprendió la importancia de la inmigración para su progreso y ha empleado los medios adecuados para atraerla. Así lo demuestra este informe, que, como contribución al estudio de uno de nuestros grandes problemas, presentó respetuosamente al Gobierno.

«Será favorable, seguramente, el resultado de las gestiones que éste hace, con patriótico y prudente celo, para encauzar hacia México una parte de las corrientes migratorias, derivándolas de los puntos convenientes para nuestras condiciones naturales, económicas y políticas. De ese modo veremos acrecentadas nuestras fuerzas productoras con la asimilación gradual de gentes vigorosas y sanas que unan su trabajo al del nativo, para explotar las inmensas riquezas de nuestro país, al amparo de nuestras leyes liberales y severas.»

El informe del Sr. de la Barra, por su plan, sus conclusiones y recopilación de leyes y decretos que contiene, merece la atención de los hombres versados en asuntos de estado y de la prensa especialista.

* * *

Con el título de *Venezuela*, ha empezado á editar en París el escritor venezolano Pe-

dro César Dominici, un periódico de oposición, consagrado á su país, pero sin desdeñar la Bella Literatura, que en todos los números le consagra las mejores páginas.

* * *

Trae *La Lectura*, de Madrid, en su último número, un artículo de Martínez Sierra, tan bien pensado como escrito, en el que hace con sobrado talento «algunas consideraciones sobre la literatura de hoy.» Empieza por juzgar un hecho la muerte de la ficción y el complicamiento de la vida, lo que, á su entender, ha borrado casi todas las leyes, «aquellas buenas leyes morales y sociales,» y hecho callar los maestros. La autoridad duda de sí misma—dice;—ni en política, ni en religión, ni en arte, se ocupa nadie de enseñar doctrina; vanse cayendo los prejuicios, pero no vienen ideas firmes á substituirlos. Hay asociaciones de palabras irremediamente envejecidas. ¿Quién se atreve á decir, convencido de su eficacia, aquello de *principios fundamentales* ó aquello otro de *leyes eternas*? Acaso esto es un bien; tal vez sea un mal, ya que la humanidad está compuesta en su mayoría por gentes que no son capaces de elaborar una idea propia, á duras penas de razonar alguna de las que ya encuentran cristalizadas. Bien ó mal, no le sé; sé que es cierto; y esta falta de leyes trae como consecuencia la falta de conflictos, y hasta si se quiere, de pasiones: ¿Contra qué han de ir á estrellarse los impulsos pasionales, y acaso, acaso, cómo han de nacer? La pasión casi siempre tiene su germen en la contradicción; vieja ciencia es la que enseña cómo la calma engendra el hastío. Y luego, trenes, libros, fotografías, han desflorado la tierra de tal modo, que es imposible hallar rincón del mundo donde soñar una aventura ó esconder un misterio. La indiscreción impresa ha hecho saber á todos cómo, poderosos y genios, también son pobres hombres y mujeres ¿Dónde fantasear?

Por esto hoy el vivir es pálido; está privado casi en absoluto del acontecimiento; mas para los espíritus inquietos, para las inteligencias activas, se ha hecho sutil; y los que han nacido noveladores, ó simplemente escudriñadores de la vida, han venido á preocuparse del matiz, del repliegue, de la luz fugitiva, de la sensación rápida, del gesto breve, de la palabra, del silencio mismo. Y he aquí cómo se ha transformado el arte.

No sólo la novela, el teatro, con ser género inevitablemente de *efectismo* y de *acción*, lo cual vale tanto como decir de *acontecimiento*, se preocupa, se apasiona por conflictos que las generaciones anteriores hubieran calificado con sorna de quintas escencias; á las situaciones han substituido los caracteres; á los conflictos pasionales, los morales, tocados de cierto intelectualismo.

¿Qué piensa de esto el público? El verdadero público, lector de novelas ó espectador de dramas, está bastante desorientado; este arte nuevo le resulta pálido, porque si ha aprendido á vivir, por fuerza, como su tiempo, aún no le han enseñado á pensar cómo vive; y añora aquel fantasear pintoresco que antaño le ayudó á salir de sí mismo, á olvidar y á olvidarse; no se divierte. Pero es el caso que ya tampoco le logra divertir aquello mismo que fué su encanto: representáse una vieja comedia, corren á verla los que la recordaban prodigiosa, y salen del teatro asaz mohinos; y los libros aquellos yacen empolvados, sin que los que eran niños cuando se escribieron, los quieran de nuevo leer: no pueden divertirles tampoco porque no son verdad.

El alma, termina diciendo sobre poco más ó menos Martínez Sierra, cansada de buscar simpatías y amores en sus hermanas las almas de hombre, donde tan raras veces los suele hallar, se ha ido camino de las cosas, y para que puedan darle la ilusión de la *correspondencia*, le ha otorgado gentilmente el dón de animación. La *emoción del paisaje* es una modernísima emoción, pero no menos honda que las tradicionales de amor naciente, de dicha rota. Y mientras

en un libro esté el alma del paisaje, estará en él la poesía.

* * *

No ha mucho abrió *El Lucero*, de Lima, un certamen literario entre los escritores de todo el Perú. El resultado que acaba de obtener, si no en *calidad*, sí en *cantidad*, no puede ser mejor. Más de sesenta composiciones, consideradas como dignas de figurar en concurso, publica en su última edición, y el fallo, á lo que parece, tendrá que darlo el público-lector.

Desde luego el sistema es bueno.

* * *

Graves controversias venía suscitando desde hace algún tiempo, entre los aficionados á la Arqueología, el famoso monolito de Coatlinchán, que muchos confunden con el Tlaloc, y le atribuyen cualidades características que está lejos de poseer.

En el *mare magnum* de una política, que iba siendo interminable, y que ya revestía caracteres enojosos, el sabio arqueólogo D. Alfredo Chavero ha venido, como quien dice, á poner los puntos sobre las íes, publicando un interesantísimo folleto, *El Monolito de Coatlichán*, en donde, con sereno juicio y espíritu imparcial, dilucida clara y precisamente este problema, que parecía no tener solución.

Los amantes de ese género de estudios, deben leer con detenimiento el trabajo del Sr. Chavero.

* * *

Desde al mediar el año pasado, comenzó á publicarse en Mérida, Yucatán, un periódico de información, artes y letras, que ahora empieza á visitarnos, *Crónica Yuca-*

teca se titula, y así su texto, original todo, como su factura artística y tipográfica, lo colocan en lugar prominente entre los ya numerosos órganos de la prensa emeritense.

* * *

En un folleto bien impreso, de cosa de treinta y cinco páginas, la Junta Directiva del Colegio de la Paz (conocido comunmente por Colegio de las Vizcainas), acaba de publicar los *Documentos relativos á la Distribución de Premios*, hecha el 19 de Febrero último por el Sr. Presidente de la República.

Contiene el folleto referido, el Programa del festival; la Alocución del Presidente de la Junta, D. Sebastián Camacho; el Informe del Administrador del Colegio, D. Enrique de Olavarría y Ferrari; un Romance recitado por D. Juan de Dios Peza, y la Lista de los Premios otorgados á las alumnas.

* * *

Sophia, la notable revista teosófica matriense, es, sin duda alguna, una de las mejores publicaciones de su género.

Todos, y uno por uno de sus artículos, se ajustan perfectamente al lema de «No hay religión más elevada que la verdad,» inspirados como están en un sereno juicio y libres de todo apasionamiento de secta. Como modelo, podríamos citar el que con el título de «El Curso de la Indagación Filosófica,» aparece en el último número que hemos recibido.

Sophia merece ser conocida de todos los espiritualistas, y aun de las personas ajenas á «las cosas del Espiritu.»

* * *

Con los defectos y las sinceridades inhe-

rentes al primer libro de todo escritor novel, Atenógenes Pérez Soto acaba de publicar en Jalapa, Veracruz, un tomito de cuentos, al que le plugo titular *Año Nuevo*.

De las once piezas que el volumen contiene, apenas dos ó tres podrán considerarse propiamente del género á que el autor cree dedicarse, aunque, á decir verdad, resultan incoloras y faltas de originalidad. Hay ahí un «Secreto Vulgar,» cuyo asunto no puede ser más ordinario.

A esto agréguese un lirismo pomposo y hueco, contagiado de quién sabe qué pretéritas escuelas de ocasión, campeando en todas las páginas del tomo, y se tendrá un libro más, que viene á unirse al montón de obras prematuras y, por lo tanto, efímeras.

En Pérez Soto hay *pasta*, no deja de revelarlo *Año Nuevo*, y de seguro que, con un poco de estudio, *llegará* más tarde.

*
* *

Da á conocer Henry Gordeaux, en *Le Correspondant*, los que él llama «Orígenes de la prensa francesa,» título que pone á su interesante artículo. En 1631, asegura, no existía en Francia más que un periódico, la *Gazette de France*, que aparecía semanalmente, y cuya principal importancia radicaba en las noticias referentes á la salud del rey. El *Journal des Savants*, vió la luz en 1665, y el *Mercure Galant* en 1762. Fué el primer diario el *Journal de Paris*, que empezó á salir en 1777.

Muy contados eran los periódicos antes de la Revolución, y las personas que en ellos estaban dedicados á traer y llevar noticias, recibieron entonces el nombre de *nouvellistes*.

Los primitivos repórters ó *nouvellistes*, fueron los verdaderos fundadores del periodismo francés.

*
* *

La preciosa revista francesa de Literatura

y Arte, *L'Ermitage*, que con tan rara puntualidad nos visita, ha sufrido desde el mes de Enero un cambio radical en su forma. Sin alterar su precio, ha aumentado el número y tamaño de sus páginas, apareciendo ahora éstas en 4.º en vez de en 8.º, como antes salían.

Está por demás decir, que su texto sigue siendo amenísimo, y aun si se quiere, más selecto.

He aquí el sumario del número 2 de este año:

Amyntas, Nouvelles Feuilles de Route, por M. André Gide; *A Mettre au Dossier*, nouvelle, por M. Rudyard Kipling (traducción del inglés); *Le Livre d'Amour de Sainte-Beuve*, por M. Jean de Gourmont; *Idylles*, por M. Jean Schulumberger; *Les Méthodes de la Critique Littéraire*, por M. Fernand Caussy (artículo décimo); *Le Théâtre*, por M. Jacques Copeau; *Chronique Générale*; *Notes*.

*
* *

El publicista D. Manuel Miranda Marrón, bastante conocido ya por sus interesantes estudios astronómicos, acaba de editar el que con el título de *La Estrella Polar y el Eje de la Tierra*, leyó á fines del año pasado en una de las sesiones reglamentarias de la Sociedad Astronómica de México.

Es, á juicio de los inteligentes, el último trabajo del Sr. Miranda, uno de los mejores y más completos, entre los numerosos de esa índole que hasta hoy ha dado á luz, y también uno de aquellos que, por la simplicidad de sus exposiciones, está llamado á prestar un buen servicio á los aficionados á ese género de estudios.

Algunos otros folletos, de no menor importancia, tiene en preparación, según lo anuncia, el autor de éste. De seguro que su éxito será tan franco y tan espontáneo, como ha sido el de todos los anteriores,

*
* *

Hace el Sr. D. Norberto Domínguez, en *Revista Positiva*, unas «Impresiones Literarias,» que, aparte de la sintética amplitud con que se desarrollan, tienen el mérito de estar inspiradas en un amplísimo criterio y fuera de todo exclusivismo de escuela. Analiza, una á una, todas las evoluciones del Arte Literario, desde la aparición del Romanticismo hasta el movimiento actual, y llega á conclusiones muy hermosas y por demás halagadoras.

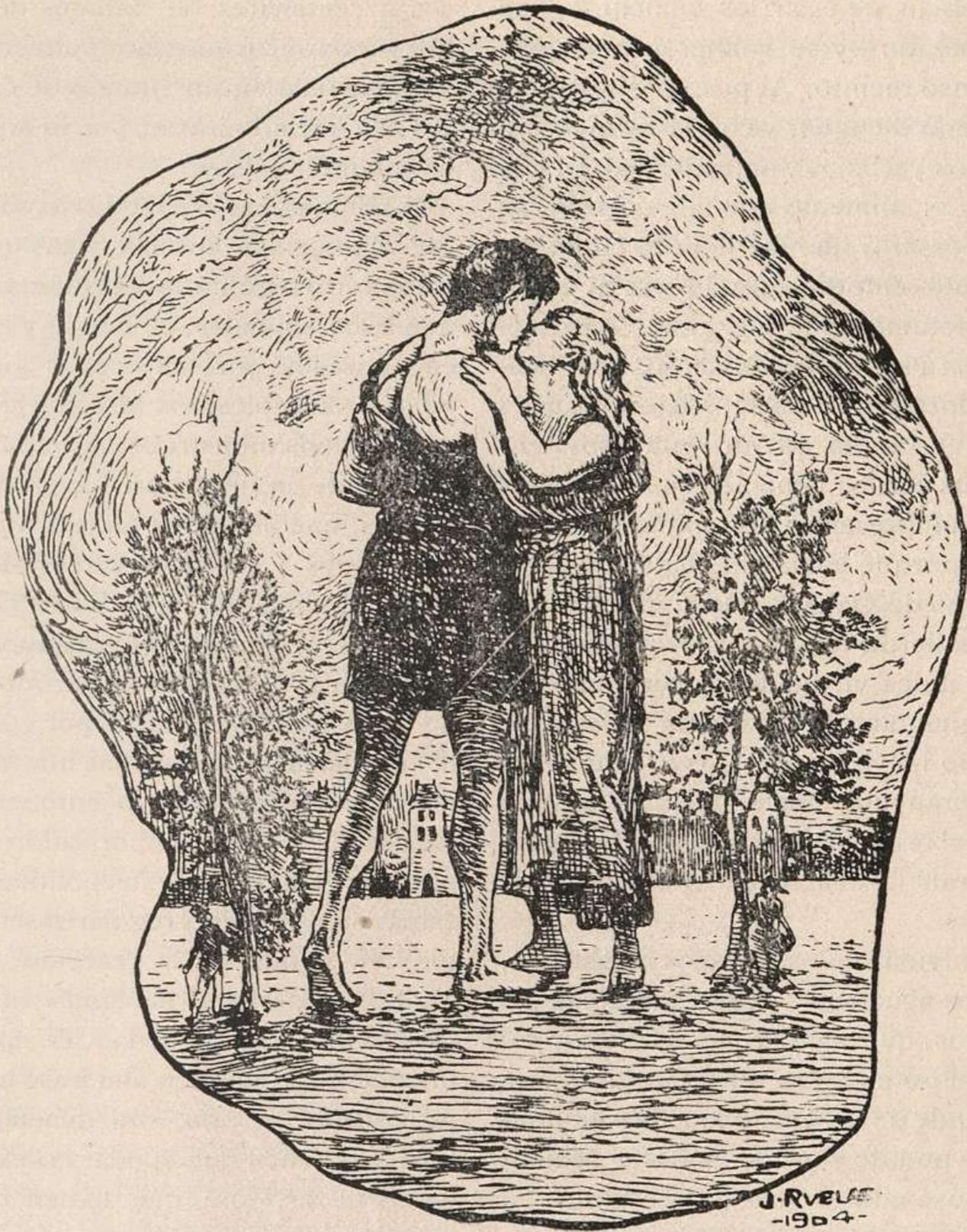
El sentimiento doloroso en que se inspiran los poetas de hoy, lo encuentra justo. «La tristeza contemporánea, dice, es un mal universal, y que probablemente tiene su origen en las actuales condiciones de la sociedad. Nuestro original dibujante, Julio Ruelas, ha expresado con su lápiz el estado

psicológico de muchos de nuestros modernos literatos. Esas ninfas arrebatadas brutalmente por sátiros, esos cuerpos atravesados por enormes espigas, esas caras abofeteadas por manos monstruosas ó desgarradas por las aves de rapiña, esas creaciones, en fin, que parecen el producto de horrible pesadilla, pintan gráficamente á muchos de los modernos intelectuales: sintiendo el tenaz agujón de la carne, dominados por la ambición y sintiendo el dolor inmenso que producen el hastío ó el desencanto.»

El Sr. Domínguez ve orientaciones definidas en la actual época de transición, donde han reinado tan variados ideales estéticos, y cree que la generación presente de escritores, dejará «huellas indelebles de su paso por el mundo, en imperecederas obras de arte »

L. C.





IV

Mal andaban las cosas, y bien fuertemente, como se ha visto, protestaban las personas contra los hijos de Cossar que tenían á todo el gentío, que ellos consideraban estúpido, revolucionado contra el grandioso proyecto concebido por los muchachuelos gigantes. ¡Parecía el tal proyecto un bastón metido en un avispero!

—¡Nunca lo pensé!—dijo el chico mayor de Cossar aludiendo á la actitud hostil en que se había colocado el pueblo.

—No podemos continuar,—observó el segundo de los Cossar.

—Son unos animalitos incapaces,—ad-

virtió el tercero de los hermanos.—Está visto que no podemos hacer nada, ¡ni aun siendo para su propia comodidad y bienestar! . . . ¡Tan hermosa vivienda como pensábamos construirles!

—Al parecer, la vida corta y estúpida que tienen estas genticillas, la invierten en molestarse unos á otros,—observó el mayor.— ¡Todo es para ellos derechos, leyes y picardías! Es como un juego de malas partidas. En fin, ¡allá ellos! Tendrán que seguir viviendo en sus casuchas feas, sucias é incómodas, algún tiempo más. ¡Es evidente que no podemos continuar así!

Y los hijos de Cossar dejaron sin terminar aquella inmensa casa,—un gran hoyo

en que habían de estar los cimientos y un muro empezado—y se volvieron á su propio y extenso recinto. Al poco tiempo aquel hoyo se llenó de agua, y con la estancación de esta y los yerbajos y animales que en ella nacieron y el alimento que allí dejaron los hijos de Cossar ó que fué llevado en polvo por el viento, empezó á producirse el crecimiento acostumbrado. Del agua estancada comenzaron á salir topos inmensos que, desparramándose por el país, hicieron grandes destrozos. Y un día que un campesino encontró á sus cerdos bebiendo en la tal charca, con gran presencia de ánimo los mató en el acto, porque había oído hablar del cerdo monstruo de Oakam. De aquella charca profunda salieron también mosquitos terribles, cuya única virtud fué hacer que, después de aguantar sus picaduras durante algún tiempo los hijos de Cossar, cansados ya, escogieran una noche de luna, cuando las leyes y el orden dormían sosegadamente, y desaguaran la charca en el río cerca de Brook.

Y al fin olvidaron los yerbajos monstruos, y los bichos acuáticos, y todo género de seres molestos, que siguieron viviendo y reproduciéndose en aquel sitio escogido para la casa grande de la gente pequeña y en donde hubiera podido elevarse majestuosamente el hermoso edificio hasta las nubes. . . .

Todo esto había sucedido durante la infancia de los hijos del alimento, los cuales, al cabo, llegaron á ser hombres, estrechándose por esta razón cada vez más y con mayor fuerza, á medida de su crecimiento, las cadenas que los aprisionaban.

Con el pasar del tiempo iban creciendo los gigantes y el alimento se extendía más y lo grande se multiplicaba, todo lo cual hacía que cada año aumentara la tensión de los ánimos. El alimento había sido al principio sólo una maravilla, muy distante para la mayor parte de la humanidad; ahora, iba apareciendo en el umbral de cada puerta, amenazador, oprimiendo y dislocando todo el orden de la vida: cerraba esto, volcaba lo otro, transformaba los productos, y con ese cambio, suprimiendo brazos y dejando ocio-

sos á centenares de millares de hombres, llegó á borrar fronteras y convertir el mundo comercial en un mundo de cataclismos. No hay que admirarse, por lo tanto, de que el mundo le odiase.

Y como es más fácil odiar cosas animadas que inanimadas, animales más que plantas, y á nuestros prójimos más intensamente aún que á los animales, el miedo y el trastorno engendrados por las ortigas gigantes, las hojas de seis piés, los insectos horripilantes y los bichos monstruos, se reconcentraron totalmente en una gran fuerza de aborrecimiento, que tenía por blanco aquellos desperdigados y enormes seres humanos, los hijos del alimento. El odio había llegado á ser la fuerza central en los asuntos políticos: las antiguas divisiones de partido habían sido traspasadas y borradas por completo ante la insistencia de aquellas nuevas irrupciones. El conflicto surgió entonces entre el partido de los contemporizadores, que votaba por poner pequeños políticos para que éstos centralizasen y regularizasen el alimento, y el partido de la reacción, por el que abogaba Caterham, hablando cada vez con más siniestra ambigüedad, cristalizando su intención, primero en una frase amenazadora, y luego en otra, ora diciendo que los hombres tienen que «podar las excrescencias de las zarzas,» ora que tienen que buscar «la curación de la elefantiasis,» y, por último, afirmando la víspera de las elecciones «que era preciso desarraigar las ortigas.»

Un día, los tres hijos de Cossar, que ya no eran adolescentes, sino hombres, se hallaban entre grandes masas de materiales de trabajo hablando entre sí, á su manera, de todas estas cosas. Estuvieron trabajando todo el día en una de la serie de grandes y complicadas trincheras subterráneas que su padre les había encargado hacer; y al ponerse el sol, se hallaban sentados en el jardinillo, delante de la casa grande, contemplando el mundo y descansando hasta que los pequeños sirvientes del interior salieran á decirles que estaba servida la comida. Fíjense ustedes aquellas inmensas personas de trece metros de altura, que era la es-

tatura del menor, sentados en un césped que hubiera parecido un rastrojo de cañas á cualquier otro mortal. Uno de los chicos se había enderezado para quitar la tierra de sus enormes botas con un pedazo de hierro que tenía en las manos; el segundo descansaba sobre su codo; el tercero recortaba un pino con la navaja para darle forma y embalsamaba el aire con el olor de la resina. No se hallaban vestidos con trajes de paño, pues su ropa interior era un tejido hecho de cuerdas, y la exterior de un hilo de aluminio aieltrado; estaban calzados con madera y hierro, y los anillos, botones y cinturones de sus trajes eran de acero labrado. La gran casa de un solo piso en que vivían, egipcia por su estilo macizo, en parte construida por monstruosos bloques de cal y en parte excavada en la roca viva de la colina, tenía una fachada de un centenar de metros de altura, y por encima se elevaban maravillosamente las chimeneas y ruedas, las grúas y cubiertas de sus talleres. Por una ventana circular de la casa se veía claramente una gárgola, de la cual caía cierta especie de metal blanco, en bien calculadas gotas, á un receptáculo que no se llegaba á ver. A un lado y otro, en el espacio que mediaba entre los tres gigantes, había grandes pozos, y todo el recinto estaba bien cercado y fortificado por monstruosos diques de tierra, sostenidos con aceros y que sobresalían por encima de las crestas de las dunas, en la parte alta, como á través de la depresión del valle. Se necesitaría algo de tamaño natural para señalar la naturaleza de la escala: el tren que bajaba resollando desde Sevenoaks al través de su campo visual para hundirse al momento en un túnel desapareciendo así á los ojos, parecía, en virtud del contraste con ellos, un pequeño juguete automático.

—Han sacado los tablonés de su sitio por este lado de Ightham,—observó uno de los jóvenes—y la tabla que estaba más allá del camino de Knockholt la han adelantado dos millas ó más hacia acá.

—Es lo menos que pueden hacer,—dijo el menor después de una pausa . . . Están

intentando recoger el viento de las velas de Caterham.

—No es bastante para conseguirlo, y casi ya es demasiado para nosotros,—observó el tercero.

—Nos están cerrando la comunicación con nuestro hermano Redwood. La última vez que estuve á verle habían avanzado los cartelones rojos más de una milla por cada lado. El camino para ir á su casa, á lo largo de las dunas, no es ya sino un estrecho sendero:

El que hablaba quedó pensativo y dijo luego:

—¿Qué le pasará á nuestro Redwood?

—¿Por qué lo dices?—le preguntó el mayor.

El anterior alisó su estaca con la navaja y respondió:

—Porque parecía tan. . . vamos, así como si estuviera dormido. ¡Ni al parecer escuchaba lo que yo le decía! Me dijo algo de. . . amor.

El menor golpeó con su cuartón la suela de hierro de sus botas y se echó á reír. Luego, dijo:

—Nuestro hermano Redwood sueña.

Durante un buen espacio ninguno habló una palabra, hasta que el mayor rompió el silencio exclamando:

—¡Esto de que sigan enjaulándonos de tal modo, no lo puedo soportar! Al fin, acabarán por echar una línea alrededor de nuestras botas y por decirnos que así tenemos que vivir. . .

El segundo de los hermanos echó á un lado el montón de ramas de pino con una mano y mudó de postura, diciendo:

—¡Lo que ahora hacen no es nada en comparación con lo que harán cuando Caterham sea poder!

—¡Si llega á serlo,—observó el menor golpeando el suelo con el cuartón.

—¡Como sucederá!—dijo el mayor con los ojos fijos en sus inmensos pies.

El mediano dejó de mover las ramas y con la vista recorrió las grandes trincheras que les rodeaban.

—Para entonces habremos acabado de ser jóvenes, hermanos míos. . . . Y, como hace poco nos dijo nuestro padre Redwood, tendremos que portarnos como hombres!

—Sí,—contestó el mayor—pero, ¿qué significa eso con toda exactitud? ¿Qué tendrá que significar cuando llegue aquel día de trastorno?

Miró también aquellos inmensos atrinchamientos que les rodeaban, pero no los contempló sencillamente, sino que extendió la mirada y paseó la vista por encima de las colinas, hasta alcanzar las innumerables multitudes que vivían más allá de las mismas.

Algo debió de pasar por la mente de los otros dos jóvenes, semejante á una visión de gente pequeña que llegara hacia ellos en són de guerra, algo así como una corriente de seres minúsculos, pero inagotable, maligna, hostil.

—Son muy pequeños,—observó el más jovencito—pero son innumerables, como las arenas del mar. . . .

—Y tienen armas. . . .

—Además, hermanos, exceptuando los animaluchos, ¿qué sabemos ni qué hemos visto nosotros de matar?

—Ya lo sé,—dijo el mayor—¡Suceda lo que quiera seremos lo que somos, y cuando llegue el día de la hecatombe, haremos lo que tengamos que hacer!

—Nuestro padre va y viene,—dijo el segundo de los hijos de Cossar.—Es en todo como nosotros: sólo su cuerpo es pequeño. Cuando llegue la hora, ya nos dirá lo que debemos hacer. El nos enseñará á fabricar armas y el manejo de las mismas. . . Y además, ¿para qué han de servir los pozos de abajo y estos tablones empotrados en el suelo?

Levantó su cuchillo y lo dirigió hacia abajo.

—¡Si intentaran entrar aquí,—dijo—podría ser que la tierra misma luchara en contra de ellos!

—Sí,—contestó el mayor.—Y luego. . . .

—No tienen término ni fin,—dijo el más joven.

—¡Ah!—objetó el mediano—¡Acaso se

les acabará el valor. . . . Y después de todo. ¿por qué no nos han de dejar tranquilos?

Cerró de golpe la navaja, cuya hoja era del tamaño de un hombre, y apoyándose en su nuevo bastón se levantó y volvió hacia la inmensa mole gris que presentaba la casa. El reflejo purpúreo de la puesta del sol le envolvió por completo, acentuándose en la malla metálica y en los broches y hebillas del cuello y de los brazos, y á los ojos de su hermano apareció repentinamente como envuelto en sangre luminosa.

Al levantarse el hermano mayor observó una pequeña figura negra que desde la cima del terraplén que subía hasta el nivel de las dunas hacía gestos descompasados con todos sus miembros. Algo había en aquella clase de movimientos que hizo comprender al joven que se imponía la necesidad de acudir con urgencia al citado lugar. Contestó á las señas con su bastón de pino y resonó el valle con su voz de «¡Va!» Luego, advirtiéndole á sus hermanos la cosa con un breve: *¡Algo ocurre!*, en pasos de siete metros salió al encuentro de su padre.

V

Ocurrió que mientras los gigantes hablaban como hemos descrito, otro joven, que nada tenía que ver con el alimento, estaba dando su opinión sobre los hijos de Cossar. Había bajado por las colinas de Sevenoaks con un amigo, y era el que discutía y charlaba por los codos.

Al pasar por un vallado habían oído lastimosos píos de tres pajaritos que estaban anidando, y lograron salvarlos de los ataques de una pareja de hormigas gigantes. Esta circunstancia había originado la conversación. Al llegar al campamento de los Cossar, dijo el hablador:

—¡Y nos llaman reaccionarios! ¿Quién no ha de ser reaccionario? ¡Mira ese inmenso terreno, mira ese pedazo de tierra que antes era hermosa y cultivada, y hoy está deshecha, desgarrada y profanada! ¡Contempla esos techados! ¡Fijate en aquella inmensa

rueda de acre, en esas máquinas monstruosas! ¡Mira aquellos diques! Y, sobre todo, ¡fíjate en aquellos tres monstruos sentados y maquinando algún horror endemoniado! ¡Fíjate, fíjate en esta tierra hollada, aplastada bárbaramente por esos gigantes!

—Tú eres de los oyentes de Caterham. . .

—Lo que hago yo es emplear mi vista como debo y cuidar de que haya la paz y el orden que hubo en otro tiempo. ¡Este infame alimento es la última forma del Diablo, dispuesto, como siempre, á la perdición del mundo! Piensa en lo que éste debió de ser antes, cuando nuestras madres nos echaron al mundo, y compáralo con lo que es ahora. Piensa en las veredas, antes sonrientes y cubiertas de doradas mieses; en estos cercados, serpenteados de florecillas, que separaban las modestas heredades; piensa en las casitas campesinas que animaban estos terrenos, y en el tañer de las campanas de aquella torre llamando á los fieles á la oración y al culto . . . ¡Y, en cambio, ahora, año tras año, aumentan las plantas y los yerbajos monstruosos, los bichos enormes y los gigantes estos que nos envuelven, pasando por encima de nosotros y confundiendo todo lo que hay de más delicado y de más sagrado en el mundo! ¡Pero, míralo . . . ahí lo tienes!

Apuntó hacia el suelo y la vista del amigo siguió la blanca línea del dedo.

—¿Ves esto? Pues es la huella de un pie de esos gigantes. Observa cómo se ha introducido en la tierra con un metro de profundidad, formando un hoyo que puede hacer caer á las caballerías y á sus ginetes, ¡una verdadera trampa para los incautos! La zarza espino está aplastada, estas yerbas arrancadas, las matas deshechas, rota la tubería de desagüe del labrador y el lindero del camino arruinado . . . ¡Completa destrucción por todas partes! Así van esos monstruos por el mundo, pisoteando el orden y el decoro establecidos, aplastándolo todo bajo sus pies. . . . ¿Y aún hablan de reacción? ¿Qué otra cosa ha de haber sino reacción?

—¡Pues eso, reacción! ¿Qué pensáis hacer para oponeros á ello?

—¡Córtarles el paso—gritó el joven de Oxford—antes de que sea demasiado tarde!

—Pero. . . .

—La cosa no es imposible,—volvió á decir el joven de Oxford, alzando la voz—Necesitamos una mano firme, necesitamos un plan astuto y, al mismo tiempo, un espíritu resuelto. Hasta ahora nos han engañado con melosas palabras, nos ha dirigido una mano débil, lo hemos tomado á broma y hemos contemporizado, dando lugar al alimento para crecer y extenderse . . . Aún ahora mismo. . . .

Dejó de hablar un momento.

—Lo que dices—observó su amigo—es el eco fiel de las palabras de Caterham.

—Sí, ahora mismo hay esperanza, esperanza firmísima, con tal de saber con seguridad lo que precisamos y queremos destruir. . . . La masa del pueblo está con nosotros en mucho mayor número que hace años; la ley está de parte nuestra, y nos asisten la constitución y el orden social, el espíritu de todas las religiones establecidas, y hasta las costumbres y hábitos de la humanidad entera . . . ¡Todo y todos están en contra del alimento! ¿Por que hemos de seguir, pues, contemporizando? ¿Por qué hemos de fingir? ¡Odiamos el alimento, no queremos tenerlo! ¿Para qué, pues, hemos de seguir aguantándolo? ¿Quieres que nos hagamos los tontos y le opongamos una resistencia pasiva . . . hasta que haya pasado el tiempo oportuno?

De repente, se quedó parado y dió una vuelta en redondo.

—Mira aquel bosque de ortigas: ¡verás entre ellas casas hoy abandonadas, en que antes vivían contentas y tranquilas las muchas familias honradas y sencillas . . . ¡Ahora mira allí!

Y le mostró el grupo que formaban los hijos de Cossar, discutiendo las injusticias de que eran objeto.

—¡Sí, contéplalos! ¡Yo conozco al padre, un bruto, un ente con una voz ina-

guantable y que anda furioso por el mundo hace treinta ó más años por ser este indulgente y misericordioso hasta el exceso! Es ingeniero, y todo lo que nosotros tenemos por santo y venerable á él le importa un bledo. Todas las espléndidas tradiciones de nuestra raza y de nuestra tierra, sus nobles instituciones, el orden venerando y la lenta marcha que de precedente en precedente nos ha hecho grandes y libres, todo para ese hombre son antiguallas que no merecen consideración . . . ¡Es de los que dicen que agua pasada no mueve molino! Cualquiera engaña-bobos del porvenir le parece de mayor valor que todo lo sagrado del pasado. ¡Es de los hombres capaces de hacer pasar un tranvía por encima de la tumba de su madre, si cree de ese modo hacer la vía más económica y más cómoda! Y, ¿crees posible que se pueda seguir contemporizando? ¿Crees que estableciendo un compromiso entre ambas partes puede seguir viviendo cada una por su lado, mientras esa maquinaria siga viviendo en el suyo? Te digo que no hay que esperar. . . ¡Es completamente imposible! ¡Sería lo mismo que contratar con una horda de tigres! Ellos precisan cosas monstruosas. Nosotros las queremos pequeñas y bonitas . . . ¡Una cosa ú otra!

—Pero, ¿qué vais á hacer?

—¡Mucho! ¡Todo! ¡Acabar con el alimento! Aún están los gigantes desparramados, sin unión ni madurez. ¡Hay que encadenarlos, amordazarlos, ponerles bozal! ¡Hacerlos inútiles á toda costa! ¡El mundo es de ellos, ó es nuestro. ¡Hay que acabar con el alimento! Encerrar á los hombres que lo fabrican. Sobre todo, incapacitar á Cossar. ¡Parece que no te das cuenta del asunto! Con una generación sola que consigamos tener doblegada, es lo suficiente para que no. . . . Luego podremos volver á nivelar estos terraplenes: rellenaremos con tierra las huellas de sus piés, quitaremos esas terribles sirenas de los campanarios, y volveremos al orden de lo pasado, á nuestra vieja civilización, para la que somos apropiados. . . .

—¡Es un esfuerzo poderoso el que intentáis!

—También es poderoso el fin á que se destina . . . ¿Y qué será de nosotros, si no? ¿No ves, clara como el sol, la perspectiva que se nos presenta? Por todas partes veremos á los gigantes aumentar y multiplicarse, fabricando y desparramando su odiado alimento: nuestros campos se cubrirán de yerba monstruosa, y las ratas de nuestras alcantarillas se harán gigantescas. Todo irá aumentando en tamaño, poco á poco. Eso es el comienzo. El mundo de los insectos nos invadirá, y lo mismo sucederá con el de las plantas . . . Todos nos dominarán, y hasta los peces del mar harán zozobrar nuestros barcos. Terribles espesuras obscurecerán y encerrarán nuestras casas, sofocarán nuestros templos y destruirán todo el orden de nuestras ciudades, y llegaremos á ser nosotros sólo una débil raza de animaluchos que aplastarán los inmensos zapatones de los nuevos seres . . . ¡La humanidad dejándose ahogar por sus propios engendros! ¡Y todo por nada! ¡Tamaño, mero tamaño! Ampliación y engendramiento, y vuelta á empezar . . . Ya vamos abriéndonos camino por entre los comienzos de ese tiempo futuro, pero nos conformamos con decir: ¡Qué molesto! ¿Gruñir y no hacer nada? ¡Eso no debe ser ya! ¡No!

El orador levantó la mano y continuó:

—¡Que hagan lo que quieran! ¡Nosotros también haremos! ¡Yo estoy por la reacción, sí, reacción clara y terminante! A no ser que nos decidamos á tomar el alimento, ¿qué otro recurso nos queda en el mundo? Nos hemos contentado con medidas blandas, hemos andado por la senda del medio demasiado tiempo. ¡Así eres tú, que tienes la costumbre de nadar entre dos aguas, siendo esa tu verdadera existencia, tu tiempo y tu espacio! Yo no soy así: estoy en contra del alimento con todas mis fuerzas y me opondré á él siempre con todas las energías de mi alma.

Se volvió hacia su amigo al oír de éste un gruñido de desaprobación.

—¿Tú, qué piensas?—le dijo.

—Que es un asunto muy complicado. . . .

—¡Ah! ¡Tú eres como la leña que arrastra el agua!—dijo el joven de Oxford con mucha amargura y moviendo todo su cuerpo.—El término medio no sirve para nada. Tiene que ser una cosa ú otra: comer también ó destruir. ¡Sí, comer ó destruir! ¿Cabe acaso otra alternativa?

CAPITULO II.

Los novios gigantes.

I

Sucedió en aquellos días, cuando Caterham hacía su campaña contra los hijos del alimento, antes de las elecciones generales que habían de llevarle al poder entre las más terribles y trágicas circunstancias, que la princesa gigante, Su Alteza Serenísima de Weser Dreiburg, cuya temprana alimentación tan importante papel hizo en la brillantísima carrera del doctor Winkles, llegó á Inglaterra dejando temporalmente el reino de su padre en circunstancias especialísimas.

Estaba comprometida para casarse, y esta unión, que debía hacerse por razón de Estado con cierto príncipe, había de constituir un acontecimiento de importancia internacional. Pero, sin saber por qué, empezaron á presentarse misteriosos aplazamientos. Los rumores y la imaginación popular forjaron toda una historia y se habló mucho: se habló de que el príncipe no se mostraba inclinado al enlace y de que había declarado que no quería ser el hazme-reír de la gente hasta aquel punto. La gente simpatizó con él, y éste fué el aspecto más significativo del asunto.

Es el hecho, aunque parezca mentira, que la princesa gigante no supo que hubiese otros gigantes en el mundo hasta que llegó á Inglaterra: había vivido en un mundo en que la argucia es una pasión y es reserva el aire mismo que se respira; se le había ocultado cuidadosamente todo lo referente á los

gigantes, no se le dijo una palabra por la cual entrara en curiosidad de verlos, y no los vió hasta que se encontró cara á cara con el joven Redwood.

En el reino de su padre había inmensas montañas, terrenos incultos que ella recorrería con toda libertad. Era apasionada por las salidas y puestas de sol y todos los grandes espectáculos de los cielos, que prefería siempre á aquella otra distracción; pero al encontrarse entre gentes tan democráticas y vehementes en su afecto á los soberanos, como son los ingleses, tuvo que privarse de seguir libremente sus aficiones. Porque la gente acudía en multitudes desde muy lejos á verla, ya en coches, ya en trenes especiales, ya en todo género de vehiculos. Recorrían los ciclistas inmensas distancias para contemplarla; así es que fué preciso que saliera muy temprano para que la dejaran pasar en paz.

Llegó un día en que empezaba apenas á amanecer cuando se encontró con Redwood. El Parque Grande, que estaba cerca del palacio en que ella vivía, se extendía una veintena de millas al Oeste y al Sur de las puertas de su morada. Los castaños de sus alamedas movían gallardamente sus cimas sobre la cabeza de la princesa, y cada uno parecía multiplicar sus flores al paso de la joven. Durante un rato se contentó con verlos y aspirar los aromas que la ofrecían; pero, por fin, no pudo resistir á la tentación de escoger y cortar unas ramas.

Tan preocupada estaba en ello, que ni notó la presencia del joven Redwood, hasta que éste se encontró muy cerca de ella. La princesa iba de castaño en castaño, mientras se le acercaba el amante que le estaba destinado, sin prever ni sospechar siquiera su presencia. Con las manos hundidas en el espeso follaje, rompía y recogía las ramas. Se creía sola en el mundo, cuando levantó la cabeza y en el mismo instante encontró su pareja.

Tenemos que poner nuestra imaginación á la altura del joven para llegar á ver la belleza que contempló. La magnitud que á nosotros haría retroceder no existía para él,

Vió ante sus ojos una muchacha llena de gracia, el primer ser humano que pudiera servirle de compañera. Esbelta y arrogante, vestida con ligera ropa, las brisas del día naciente parecían moldear con los pliegues del vestido los robustos y al mismo tiempo suaves contornos de la gentil figura, que llevaba en las manos un montón de ramas de castaño en flor. El cuello de su vestido entreabierto dejaba ver la blancura de la garganta y la sombra de una suave redondez que desaparecía hacia los hombros. La brisa se había apoderado de unos bucles del cabello y azotaba con aquel mechón castaño obscuro sus redondas mejillas. Los ojos eran grandes y azules, y los labios parecían estar prometiendo sonrisas, mientras su dueña alcanzaba las ramas.

La princesa se volvió con rapidez y miró á Redwood; y durante un rato permanecieron contemplándose ambos jóvenes. Para la muchacha, la vista del mancebo fué tan sorprendente, tan maravillosa, que le resultó durante los primeros momentos hasta terrible. El se acercó como quien recibe la impresión de una aparición sobrenatural; y se acercó rompiendo todas las leyes establecidas en el mundo en que había vivido.

El joven tenía entonces veintiún años; era gallardo, moreno como su padre, y con toda la seriedad de éste. Iba vestido de piel castaño oscura, muy suave; traje ajustado y cómodo, al mismo tiempo que hacía resaltar su varonil apostura. La cabeza la llevaba continuamente descubierta.

Quedaron mirándose, atónitos, sin dar crédito á sus ojos, y con el corazón latiendo violentamente. Aquel momento, el más importante de la vida para ambos jóvenes, fué imprevisto, casual, sin más preparativos que los hechos por la suerte.

Redwood sintió menos sorpresa; y á pesar de que había presentido y buscado á la princesa, su corazón latía con violencia.

Se acercó lentamente con los ojos fijos en ella.

—¿Sois la princesa?—la dijo.—Mi padre me ha hablado de vos y me ha referido que os criasteis con el alimento de los dioses,

—Sí, soy la princesa,—le contestó la joven.—Pero usted, ¿quién es?

—Yo soy hijo del que inventó el alimento de los dioses.

—¿El alimento de los dioses!

—Sí, sí, el alimento de los dioses

—Pero

En la fisonomía de la joven se pintó la mayor perplejidad.

—Bien ¿y qué es ello? Yo no le comprendo á usted ¿Dice usted alimento de los dioses?

—Pero, ¿no ha oído usted nunca hablar de semejante cosa?

—¿Del alimento de los dioses? No, nunca.

Ella se echó á temblar violentamente y el color desapareció de sus mejillas. Luego, dijo:

—Yo no sabía nada. ¿Quiere usted decir que?

El se quedó esperando que terminara la frase.

—¿Me quiere usted decir con eso que hay otros gigantes? . . .

El muchacho respondió:

—¿Pero usted no lo sabía?

Y ella, aumentando en admiración, contestó:

—¡No!

El mundo entero y toda la significación del mundo cambiaban para ella en aquel momento. Una rama de castaño se le escapó de entre las manos. Entonces, repitió como atontada:

Pero, ¿es verdad lo que usted me dice? ¿Es verdad que haya más gigantes en el mundo y que ese alimento?

El comprendió su admiración y exclamó:

—¿Y usted no sabe nada? ¿No ha oído hablar nunca de nosotros? ¿Usted, á quien el alimento ha hecho de los nuestros, de nuestro mundo?

Aun había terror en los ojos con que ella miraba. Levantó la mano hasta la garganta y la volvió á dejar caer. Luego, dijo en voz muy baja:

—¡No, no!